

# BABEL

*Revista de Arte y Crítica*

*Una visión más elevada  
del nuevo mundo*

---

M A Y O - J U N I O 1 9 4 5

---

## SUMARIO:

<i>Rodolfo Mondolfo</i>	SOBRE LA PENA DE MUERTE
<i>Manuel Rojas</i>	¿PAZ EN EUROPA?
<i>Juvencio Valle</i>	CANTAR DE CANTARES
<i>González Vera</i>	EL TERREMOTO (relato)
<i>Luque Hidalgo</i>	SEGUNDA CRÓNICA ARGENTINA
<i>Edmund Wilson</i>	«MISIÓN EN MOSCÚ»
<i>Enrique Espinoza</i>	SILONE Y EL AMOR A LA VERDAD
<i>Ignazio Silone</i>	DISCURSO RADIAL
<i>Mauricio Amster</i>	RECUERDOS DE GUTIÉRREZ SOLANA

*Santiago* **27** *de Chile*

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA EL SEMBRADOR

Pasaje Matte 29 Tel. 86240

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:  
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-  
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN  
ESPAÑOL

### LIBRERIA FRANCESA

Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA HISPANO-AMERICANA

Merced 846 - Tel. 33455  
Casilla 3916

SUSCRIPCIONES A REVISTAS  
EXTRANJERAS

### LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES  
CHILENAS AGOTADAS

### LIBRERIA LOPE DE VEGA

Moneda 924 - Galería  
Tel. 87113 - Casilla 2171

NOVEDADES DE ESPAÑA,  
ARGENTINA Y MÉXICO

### LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313  
Tel. 69649

LITERATURA GENERAL

### LIBRERIA ORBE

San Antonio 212 - Tel. 31944  
Casilla 1316

EDICIONES CHILENAS, FIGURINES  
Y NOVEDADES EXTRANJERAS.  
DEPARTAMENTO VENTAS A PLAZO

### LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 33698  
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

Rodolfo Mondolfo

## Sobre la pena de muerte

(Kant contra Beccaría)

En su célebre obra *De los crímenes y las penas*, César Beccaría ha vuelto a discutir —entre otras cuestiones— el doble problema del fin de las penas y de la fundamentación del derecho social de punir. Para Platón y los demás secuaces, antiguos o modernos, de una orientación religiosa la pena tenía sobre todo el fin subjetivo de una expiación de la culpa que, al producir una purificación espiritual y enmendación del culpable, se volvía casi una abrogación o borradura subjetiva del crimen cometido. En cambio para las corrientes utilitarias a las que se adhiere Beccaría —y que no podían admitir ninguna anulación del hecho cumplido: *factum infectum fieri non potest*— la pena tenía un fin esencialmente objetivo de utilidad pública, es decir, la defensa social y la prevención de los crímenes. Ambas orientaciones excluían, sin embargo, toda idea de venganza, individual o social, herencia del derecho germano y de los impulsos primordiales instintivos, que en la época de Beccaría seguían todavía manifestándose en la atrocidad de los suplicios y en la ferocidad de las penas, llevadas muy a menudo hasta su forma extrema, la pena de muerte.

Al discutir estos problemas, Beccaría quiere demostrar que esta forma extrema de castigo, igual que todas las demás formas de atrocidades inquisitivas y punitivas, que eran todavía habituales en su época, logran un efecto contrario al fin verdadero de la defensa y prevención social, por acostumbrar a individuos y pueblos a la vista y práctica de la ferocidad violenta y crueldad criminal, que son la primera fuente de todos los delitos. Pero no se contenta Beccaría con esta demostración, sino que al llegar a la

discusión de la pena de muerte, quiere además determinar el fundamento del derecho social de punir, para deducir de él su extensión legítima y sus límites infranqueables.

La solución de este problema le era ofrecida en su propia época por la teoría dominante en las tradiciones de la filosofía del derecho, es decir la del contrato social. Para esta teoría, sujeto natural inmediato de todo derecho en el estado de naturaleza es el hombre; pero al pasar del estado de naturaleza —que Beccaría considera con Hobbes como una situación de lucha incesante de todos contra todos: *bellum omnium contra omnes*— a la creación de la convivencia social, los hombres debieron concordar en someterse a leyes comunes, vale decir, renunciar, de algún modo, a su anterior derecho individual absoluto e ilimitado en favor del poder común de la sociedad y el Estado.

Rousseau había teorizado en aquel entonces semejante tránsito del derecho natural a un derecho civil garantizado por el poder social, de una manera más radical que los autores precedentes, condicionándolo en su “Contrato Social” (1762), anterior en un año a la composición de la obra de Beccaría, a una renuncia total (“*aliénation sans reserves*”) de cada uno a sus derechos naturales: la cual sin embargo no debía ser una renuncia efectiva —“incompatible con la naturaleza del hombre”, según frase del mismo Rousseau— sino más bien una confluencia de los derechos naturales de todos los individuos en la unidad total de los derechos civiles, comunes a todos e iguales en su contenido a los naturales. Por tal confluencia llegaba a constituirse la voluntad general y su soberanía, de la cual cada individuo participaba por igual, reconquistando la plenitud de sus derechos naturales bajo forma de derechos civiles, protegidos por la fuerza común, en una coincidencia perfecta de libertad y soberanía.

Pero Beccaría no acepta esa idea, recién expresada por Rousseau, de una ideal renuncia integral, y se mantiene apegado a la teoría anterior, de Locke, que hablaba de una renuncia sólo parcial cuya limitación justamente determinara los límites de los poderes legítimos de la sociedad y el Estado. “Para todo poder delegado (decía Locke) la prueba de su limitación es la siguiente:

que una u otra función no puede ser ejercida porque no ha sido requerida”. Este principio servía a Locke para salvar el derecho natural de libertad: “el hombre, siendo libre por naturaleza, no puede ser privado de tal condición y sometido al poder de otro sin el propio consentimiento” (*Tratado sobre el gobierno civil*, II, 8); y conserva por lo tanto su derecho de libertad por no haber aceptado su propia servidumbre en el contrato social.

Sin embargo, de esta manera, la limitación del derecho social frente al individuo procede para Locke del *hecho* de no haberse dado extensión ilimitada en el contrato, la cual teoría merece el mismo reproche dirigido por Rousseau a Grotius, de “establecer el derecho por medio del hecho”. Beccaría, en cambio, se da cuenta de la exigencia llevada a más clara afirmación por Rousseau. Los límites a la legitimidad de la acción social no pueden fundarse en restricciones *voluntarias* puestas *de hecho* al efectuar la renuncia, sino solamente en la existencia de fronteras naturales *necesarias*, que el hombre no tenía *derecho* de traspasar en el contrato social.

“¿Cuál puede ser (dice Beccaría en su capítulo sobre la pena de muerte) el derecho que los hombres se atribuyen a sí mismos, de matar a sus semejantes? No por cierto aquel del cual proceden la soberanía y las leyes. Estas no son sino una suma de partes mínimas de la libertad de cada uno; representan la voluntad general que es la reunión de las particulares. Pero, ¿quién es el que haya querido dejar a otros hombres el arbitrio de matarlo? ¿Cómo puede ser incluido en el sacrificio mínimo de la libertad de cada uno el del bien máximo entre todos, es decir la vida? Y si esto se hizo, ¿cómo puede este principio estar acorde con el otro, de que el hombre no es dueño de matarse? Debía tener este derecho para darlo a otros o a la sociedad entera. No es por lo tanto la pena de muerte un *derecho*... sino una guerra de la nación con un ciudadano porque juzga necesaria o útil la destrucción de él. Pero si lograré demostrar que no es ni útil ni necesaria, habré ganado la causa de la humanidad”. (*De los crímenes y las penas*, cap. 15).

La demostración utilitaria está precedida por lo tanto por una prueba de ilegitimidad de la pena de muerte, fundamentada en una teoría contratualista, que considera objeto legítimo de contrato y renuncia únicamente lo que pertenece a la esfera de disponibilidad libre y voluntaria para el hombre. Pero la vida no es tal; no es solamente el bien máximo o un derecho inalienable, sino más aún un deber irrenunciable, al que Beccaría parece aplicar la sentencia de Rousseau relativa a la libertad, es decir que renunciar a ella "es renunciar a su calidad de hombre, a los derechos de la humanidad, *incluso a sus deberes*... Una renuncia semejante es incompatible con la naturaleza del hombre", (*Contrato social*, I, 3).

Sin duda la teoría contratualista podía ser blanco de polémica o refutación; pero ellas debían afectar principalmente a sus teóricos mayores, que habían sido en la Edad Moderna, Althusius y Grotius, Hobbes y Spinoza, Locke y Rousseau; y solamente de rebote a los que, como Beccaría, se limitaban a aceptarla. Por otro lado, había que reconocer a Beccaría el mérito de haberse diferenciado de Locke intentando fundamentar en el *derecho* antes bien que en el *hecho* la distinción entre los poderes legítimos y los ilegítimos de la sociedad y el Estado. Y, por fin, había que poner de relieve su esfuerzo por demostrar que la acción pública punitiva se inspira sobre todo en fines de necesidad o utilidad social y que bajo este punto de vista ella debe examinar la correspondencia al fin de los medios que usa, es decir, las especies y medidas de las penas.

Todo esto aparece desconocido por Kant en su severo juicio contra Beccaría. En la *Metafísica de las costumbres*, primera parte (*La doctrina del derecho*), capítulo sobre el derecho de *punición*, Kant afirma la legitimidad y necesidad racional de la pena de muerte, fundándose en el principio de que la pena no debe considerarse como un medio para lograr un provecho ni para el criminal (enmendación) ni para la sociedad civil (defensa y seguridad, es decir, represión y prevención de los delitos). La teoría platónica de la pena purificadora y la utilitaria son igualmente rechazadas por Kant, porque ambas significarían tratar al hombre

como medio para fines ajenos, lo cual es contrario al principio de la personalidad innata. Por el contrario la justicia penal, para Kant, es un imperativo categórico, *a priori*; la pena —dice— debe aplicarse al criminal en cuanto que ha cometido un delito: al ofender la ley en la persona de otro hombre, el criminal la ofende igualmente en su persona propia, y por eso debe caer bajo la *ley del talión*, "igual con igual"; y si ha matado, debe morir. Sin embargo, Kant acepta derogaciones a esta ley universal *a priori* (que como tal debería ser inderogable) por motivos *a posteriori*, como podría ser el caso de un número muy grande de cómplices, en cuyo caso la aplicación de la pena de muerte podría poner en peligro la densidad necesaria de la población o podría quitar la sensibilidad moral al pueblo, acostumbrándolo al espectáculo de carnicerías. Lo cual significa volver al punto de vista utilitario, considerando en el caso mencionado la utilidad pública, y en otros, igualmente admitidos por Kant (como son los del *infanticidium materno* para salvar el honor de la madre no casada, y del homicidio de un conmitón en duelo para salvar el honor militar) la utilidad particular, que se sobrepone al "imperativo categórico de la justicia penal".

Esta incoherencia no impide a Kant demostrar hacia Beccaría una severidad áspera de juicio que linda con la incomprensión. "El marqués Beccaría (dice) por un exagerado sentimentalismo humanitario (*compassibilitas*) sostiene que toda pena de muerte constituye una *injusticia*: en efecto, no podía ser contenida en el contrato civil originario, pues entonces cada individuo del pueblo hubiera debido consentir en perder su vida en caso de matar a otro en el pueblo; ahora bien este consentimiento es imposible porque nadie puede disponer de su vida. Todo eso es nada más que sofisma y desfiguración del derecho. Nadie es punido por haber querido la *punición*, sino por haber querido una *acción merecedora de punición*; pues no hay ya castigo cuando a uno le pasa lo que quiera, y es imposible *querer* ser castigado... Si el derecho de punir debiera fundarse sobre una *promesa* del culpable de *consentir* en dejarse punir, debería dejarse aún la facul-

tad de declararse él mismo merecedor o no de la pena, es decir, permitir al criminal ser su propio juez”.

Hay en esta polémica una evidente alteración del pensamiento de Beccaría.

Este había simplemente aceptado la teoría del contrato social, que fundamentaba la legitimidad de los poderes y de la acción de la sociedad y el Estado en el supuesto de un pacto primordial: legítimo por lo tanto debía considerarse sólo lo que podía ser contenido en el pacto, ilegítimo lo que no podía estar en él. No era, por ende, para Beccaría cuestión de pedir el consentimiento del culpable para punirlo, pues con este criterio habría debido negar radicalmente todo derecho social de punir, puesto que (según la expresión de Kant) “no hay ya castigo cuando a uno le pasa lo que quiera, y es imposible querer ser castigado”. En cambio, Beccaría, lejos de negar todo derecho penal, quería únicamente distinguir entre penas que se fundamentan en el *derecho*, y penas que no pueden tener semejante justificación.

Las primeras están para él en la esfera de los derechos naturales que podían ser objeto del contrato social, por pertenecer a la libre disponibilidad del hombre; las segundas son las que salen de la esfera de lo que pueda ser renunciado o cedido en un pacto, por tratarse de un deber irrenunciable del que el hombre no puede deshacerse como de una propiedad suya, únicamente suya.

Lo cual era en su esencia nada más que un principio religioso, que reservaba únicamente a la divinidad el derecho de decretar la muerte de todo hombre y lo negaba a la sociedad; la que no puede tener más facultades legítimas que las que le hayan sido otorgadas en el contrato, en cuyos pactos no podía incluirse el derecho de vida y muerte por no pertenecer a los propios contratantes.

Esta teoría podía aceptarse o rechazarse; pero su refutación no debía versar sobre una confusión que Beccaría no había hecho, entre legislador y delincuente, juez y culpable; sino antes bien sobre los principios de su razonamiento: el de la vida humana como deber y no propiedad del hombre, y el de la legitimidad de todo poder social tan sólo como procedente del pacto origina-

rio. La refutación kantiana, que acusaba a Beccaría de incurrir en sofisma, era por lo tanto en sí misma un sofisma, es decir, la llamada *ignoratio elenchi* o cuestión equivocada.

La hostilidad que Kant muestra contra el autor del libro *De los crímenes y las penas* hace más interesante el poner de relieve un punto, en el cual Beccaría puede considerarse entre los antecesores de una de las fórmulas del imperativo categórico kantiano, sin que pueda por otro lado afirmarse que antecesor signifique en este caso inspirador.

Una sugestión podía sin duda recibir Kant de todo el conjunto y espíritu esencial de la obra de Beccaría, cuya importancia histórica está sobre todo en la nueva conciencia jurídica que se afirma en ella, al oponer contra el estado de arbitrio, todavía dominante en su época, la exigencia firme y terminante de un *estado de derecho*, igual para todos los ciudadanos y dominante sobre todos igualmente. Quien conozca la importancia atribuida por Kant a la idea del “estado de derecho” puede justamente pensar en una sugestión o confirmación que él haya encontrado en la obra de Beccaría para semejante exigencia.

Pero hay algo más. Al afirmar vigorosamente en su obra esa exigencia de un estado de derecho, Beccaría había sentido, aún cuando de manera un poco indeterminada y no sin contradicción con su utilitarismo, que debía fundamentarla en un principio ético, cuya expresión aún no pudiendo todavía considerarse adecuada en la fórmula usada por él, podía sin embargo indicar el camino seguido más tarde por una de las fórmulas kantianas del imperativo categórico.

“No hay libertad —dice Beccaría en el cap. 27 de su libro— toda vez que las leyes permitan que en alguna eventualidad el hombre deje de ser *persona*, y se convierta en *cosa*”. Las leyes, por lo tanto, al determinar las normas para la conducta mutua de los hombres, deben inspirarse en el principio de que el hombre debe siempre ser tratado como *persona*, y nunca como *cosa*, es decir, siempre como *fin* y nunca como *medio*. Lo cual coincide con lo que escribe Kant en el mismo capítulo de la *Metafísica de las costumbres* que contiene la polémica contra Beccaría: “El

hombre nunca debe ser tratado como puro *medio* al servicio de *fines* ajenos, ni ser confundido con los *objetos* del derecho real por ser protegido contra esto por su *personalidad* innata".

La coincidencia entre las dos fórmulas, de Beccaría y Kant, resultaba de una manera aún más clara en el pasaje de la anterior *Fundación de la metafísica de las costumbres* (1785), parte segunda, donde Kant da sucesivamente las varias fórmulas del imperativo categórico. En las explicaciones que anteceden la segunda fórmula, Kant establece la equivalencia entre las ideas de *cosa* y *medio* por un lado, y las de *persona* y *fin* por el otro.

"Los seres cuya existencia no depende realmente de nuestra voluntad, sino de la naturaleza, no tienen, al ser desprovistos de razón, sino un valor relativo, el de *medios*, y se llaman por eso *cosas*; los seres racionales por contra llámense *personas*, pues su naturaleza los indica ya como *fines* en sí mismos, es decir, como algo que no puede ser usado únicamente como medio". Por lo tanto en la fórmula del imperativo que sigue a estas explicaciones: "Obra de tal suerte que uses de la humanidad lo mismo en tu persona que en la de otro, siempre como *fin*, jamás como simple *medio*", podemos con la substitución de los términos equivalentes, volver a encontrar la fórmula de Beccaría: "hay que usar del hombre siempre como *persona*, jamás como *cosa*".

Este imperativo, que Kant quiere sea impuesto por la conciencia individual a cada uno, Beccaría afirmaba que debía ser impuesto a todos por las leyes, a fin de que hubiera libertad y estado de derecho: él tiene su mirada únicamente en un mandato expresado por una ley exterior, objetiva. Sin embargo, la inspiración de su norma *jurídica* es igual a la de la sucesiva norma *ética* kantiana, es decir, que la personalidad es fin y no medio, la humanidad es persona y no cosa.

Semejante afirmación que en Beccaría se encuentra formulada de paso y por coincidencia, tiene una gran importancia filosófica aun cuando Beccaría no muestra darse cuenta en medida adecuada, de su trascendencia (1). Esta afirmación llega a dar, con antelación a Kant, la fundamentación y justificación ética para la exigencia del *estado de derecho*, por cuya realización pue-

den constituirse la existencia y conciencia de la libertad y la única sociedad legítima.

"La opinión (dice Beccaría) que cada ciudadano debe tener, de poder hacer todo lo que no es contrario a las leyes, sin temor de otro inconveniente, excepto el que puede nacer de su acción misma, he aquí el dogma político que debería ser creído por los pueblos y proclamado por los sumos magistrados mediante la incorrupta custodia de las leyes. Dogma sagrado, sin el cual no puede haber sociedad legítima. Este forma a las almas libres y vigorosas" (*De los crímenes y las penas*, cap. 25).

De esta manera Beccaría mostraba una honda comprensión del vínculo que liga la conciencia de la dignidad humana con la de la autonomía y la responsabilidad. Por eso él tiene dignamente su lugar entre Rousseau y Kant.

Córdoba, marzo de 1945.

(1) Tampoco advierte Beccaría la contradicción entre el principio ético y la fundamentación y justificación puramente utilitarias que él quiere dar al derecho penal: lo cual significa usar de la humanidad del culpable como *medio* o *cosa*, y no como *fin* o *persona*. Sin embargo, así como hemos puesto de relieve, el propio Kant, a pesar de todo el rigorismo de su imperativo categórico o *priori*, acepta en relación a la pena de muerte derogaciones, que son su retorno al repudiado punto de vista utilitario, es decir una nueva reducción del *fin* a *medio*.

## ¿Paz en Europa?

### I

Una guerra, la más grande de la historia, grande no sólo por su extensión sino que también, y principalmente, por su brutalidad, acaba de terminar en Europa. Durante años, millones de seres de las más diversas lenguas y nacionalidades, desde cosacos hasta neozelandeses y desde hindúes hasta americanos del sur, regaron con su sangre las playas, las montañas y los campos de tres continentes.

Durante esta guerra se cometieron las más espantosas destrucciones y las más horribles matanzas. Para realizarlas, la técnica, orgullo de la civilización occidental, inventó las más atroces armas, incluso aquellas que parecían estar fuera de la capacidad imaginativa del hombre para destruir y matar.

Todo lo más bajo del ser humano afloró en esta guerra en una proporción que no se sospechaba: la traición, la cobardía, la mentira, el odio, la soberbia, la ambición, la estupidez, la crueldad, todo; nada faltó y todo ello superó en mucho a las virtudes que el hombre pudo demostrar durante ella. Fueron más sorprendentes la crueldad que el heroísmo, la estupidez que la inteligencia, la ruindad que la nobleza. La guerra colocó a la humanidad a un paso de su suicidio moral.

### II

¿Por qué? La causa inmediata de esta guerra residió en la rivalidad que existe entre las fuerzas imperialistas que se disputan el dominio financiero del mundo. Los que han llegado atrasados al reparto de las colonias, pelearon con los que llegaron primero y se apoderaron de todo o de la mejor parte.

### III

Es decir, toda esa espantosa guerra no tuvo nada que ver con el hombre mismo, nada que ver con su tristeza, nada que ver con su miseria, nada que ver con un mejor destino. El hombre fué nada más que un instrumento y si algo ganó fué dolor y muerte, rebajamiento y brutalidad. Añadid todo esto a su tristeza y a su miseria y veréis cuánto más miserable es su condición y su destino.

Atacando o defendiendo a un imperio, sólo atacó o defendió a un imperio. Su causa no tenía nada que ver con ello.

### IV

¿La democracia? Las democracias imperialistas son en realidad las más grandes aristocracias de la historia. Su vida está basada en la esclavitud de los pueblos coloniales y en la explotación del proletariado metropolitano. Están dispuestas a aceptar cualquier disfraz que les permita conservar sus privilegios. Y si en esta guerra aparecieron como defensoras de la democracia, fué porque Hitler no dejó disponible ninguna otra máscara. Pero hacéd que elijan entre su democracia y su situación y la primera recibirá el más tremendo puntapié de su breve y menguada historia.

Es posible que el hombre sintiera que peleaba por la democracia. Con su duro pan deberá comerse su duro desengaño.

### V

¿Entonces? Entonces, nada. La lucha del hombre por su destino es intermitente. En tanto que pelea cien veces por causas ajenas, pelea una sola vez por la suya. Su avance puede contarse por pasos, por pequeños pasos que en ocasiones se dan con intermedios de siglos. Fuerzas poderosas —la inercia de algunos, la cobardía de otros, el interés de éstos, la astucia de aquéllos— impiden que esos pasos sean más largos o más continuos; más aún, que tengan la dirección precisa.

¿Qué paso ha dado el hombre en esta guerra? Medílo con traveses de dedo y nõ ocuparéis ni el meñique.

## VI

Esta paz de Europa no es, pues, tal paz o es nada más que la paz de una parte de las fuerzas imperialistas, de aquellas que triunfaron y conservaron lo que tenían. Lo conservarán para ellas, no para el hombre. El hombre deberá seguir pensando en su causa y luchando, cuando le sea posible, por ella.

Al estallar la guerra de 1914, alguien dijo: "El imperialismo ha puesto en peligro el destino de la cultura europea. Después de esta guerra, si no estallan una serie de revoluciones afortunadas, sobrevendrán nuevas guerras".

Sólo estalló una revolución afortunada. Las demás fracasaron y aquella no fué suficiente. La guerra volvió.

Pero los imperialistas están ya advertidos y de ahí su amor por los gobiernos que ellos llaman "fuertes"; el amor que en un tiempo tuvieron por Mussolini y Hitler, amordazadores de sus pueblos; su amor por las monarquías; su predilección por jefes militares como Darland y Badoglio; su humillante neutralidad ante Franco.

## VII

No, no habrá paz en Europa ni la habrá en el mundo en tanto el capitalismo sea dueño absoluto de las riquezas del mundo y usufructúen de ellas sólo una mínima parte de la humanidad.

En Europa sólo hay ciudades destruidas y pueblos hambrientos. ¿Es esa la paz? Sí, talvez la paz del imperialismo y la del capitalismo, pero no la paz del hombre.

Por lo demás, el imperialismo y el capitalismo no tendrán paz nunca. Tendrán treguas, pero durante esas treguas ellos mismos irán creando, como desde 1918 hasta 1939, las fuerzas que volverán a encontrarse y que finalmente los destruirán, si es que antes no destruyen ellas al mundo.

Mario Vicuña

## Centenario del "Facundo"

La *Historia de Sarmiento* por Lugones, a pesar de su estilo fraseológico, sigue siendo aun el libro más completo que se ha escrito en lo que va del siglo acerca del glorioso autor del *Facundo*. Ningún otro luce un estilo tan próximo al del maestro ni entraña una identificación parecida entre la obra y el hombre. Quien quiera entender la génesis del caudillaje hispanoamericano y explicarse la perduración secular de su más alto símbolo literario debe acudir al exacto ensayo de Lugones apenas rectificado por la crítica de nuestro tiempo en algun detalle insignificante. De sus páginas más agudas surge como esculpido en la roca viva el perfil del prócer *ab initio*. En menos de dos líneas Lugones nos lo presenta metafóricamente formándose sólo a punta de pluma en Chile:

"Allá en su ostugo del *Portal* santiaguino incubábase solitario el huevo del águila".

Y ante su primer vuelo de combate internacional desde las columnas del primer diario de Santiago: "El Progreso", en 1845, Lugones sintetiza un juicio irrevocable:

"El *Facundo* constituye todo el programa de Sarmiento. Sus ideas literarias, su propaganda política, sus planes de educador, su concepto histórico están ahí. Es aquella nuestra gran novela política y nuestro gran estudio constitucional; una obra cíclica. El primer escritor argentino verdaderamente digno de este nombre había nacido".

No cabe una definición más precisa del libro aleccionador cuyo centenario conmemoramos como un acontecimiento impar de la literatura sudamericana. En el *Facundo* Sarmiento aparece de cuerpo entero armado de todas sus armas como un genio auténtico en su obra inicial.



Por tanto, el *Facundo* se ha vuelto un libro clásico no solo de uno y otro lado de los Andes. "El rastreador", "El baqueano", "El gaucho malo", "El cantor", son trozos selectos que aprenden de memoria los niños de muchas escuelas del continente. A los hombres maduros apasiona el libro entero desde su extraordinaria Introducción. Y hasta fuera de nuestro idioma el proceso que Sarmiento sigue a un tirano sanguinario que prefigura otros no menos crueles y corruptores de sus pueblos, cobra hoy una actualidad tremenda.

Una editorial española, bajo la influencia de Unamuno, destacó el *Facundo* entre los grandes libros universales. Desde luego, antes de que los Mola, Franco y Queipo de Llano invadieran la Península con tropas marroquíes y se impusieran con ayuda de las armas italogermanas. Después, Sarmiento vuelve a ser allá un autor prohibido.

En vano tratan de morder ahora su estatua los reaccionarios argentinos que pretenden reivindicar la memoria de los caudillos bárbaros que llevan la marca de aquella prosa imperecedera. El mismo Juan Bautista Alberdi, pudo apenas hacerle mella en su tiempo. Tras de acumular cien páginas de notas contra el *Facundo* y su biógrafo, el autor de las *Cartas Quillotanas*, no logra esconder del todo, en medio de su resentimiento, su admiración. Así, por ejemplo, le reprocha en un acápite:

"De las cualidades literarias del libro no es la primera el laconismo. Por el paso y movimiento de su estilo, es la carreta de la Pampa, que señora absoluta del tiempo y del espacio marcha con la majestad de la luna".

No es poca gloria para Chile que *Facundo* como *Azul* tuviera su cuna en Santiago. Algo íntimo de su ambiente y de su expresión es fácil descubrir en ambos libros. Y si el primero anuncia una nueva época, el segundo la inaugura. Pues, como afirma Lugones: "Sarmiento es un precursor de Rubén Darío".

Juvenio Valle  
Cantar de cantares

*Hermosa de mis cantares, tan erguida, tan alta,  
tus pechos como críos mellizos de gama,  
tus piernas como una humareda blanca,  
tu carne al viento como un jardín de canela  
y tus cabellos sueltos como manadas de cabras  
que todas paren mellizos y estériles no hay en ellas.*

*Hermosa de mis cantares, arrullo del oído  
cuando mi boca de pastor sopla su flauta,  
cuando me voy al valle y apaciento entre lirios,  
cuando mis ojos de fauno viejo te amamantan  
y el sol te madura los hombros floridos.*

*Tus muslos como ríos cayendo de golpe  
o como tallos de leche terminados en flores,  
tus orejas redondas como campanas blancas,  
tus talones rosados como la flor del trébol,  
tus uñas como brotes de lámparas  
y tus espaldas como tablas sacadas del cielo.*

*Qué largo es tu galope saliendo del alba  
y qué fino es el canto saliendo de tu cuerpo,  
y la luz que te fluye sin mancha de pecado,  
y la aurora radiosa que te circunda en lo alto  
son como nimbos puros que te vienen de adentro.*

*Qué vaso de jugos vitales es tu ombligo  
y qué árbol de armonía tu manzano oloroso,  
y qué vigas de cedro tus hombros erguidos  
y qué palomas tan dulces y dormidas tus ojos,  
qué glorioso tu porte de azucena del Líbano.*

*Qué buena es tu oleaje de olores imperiales,  
el sándalo escogido, el incienso, la mirra,  
y el viejo espicanardi que como un mar te invade;  
qué fresco y delicioso aliento hay en tu boca,  
qué esfluvio agreste tiene la menta que tú traes,  
qué espumoso es el vino que desborda tu copa.*

*Y qué feliz el agua menuda que se escurre  
por la piel de tu cuello, como florida arena,  
y al caer de lo alto como a cristal te pule;  
oh qué sutil el agua que te afina y cincela  
como a vaso sagrado de buena plata antigua;  
al romperse en tus hombros de deliciosa greda  
todo tu cuerpo joven como una copa suena.*

*Te pongo como a sello en mi corazón, estoy contigo  
en el golpe de la sangre, en mi pulso te llevo;  
en el sol jubiloso de la mañana te recibo,  
hasta el fondo del vaso con delicia te bebo.*

## El terremoto

Esa noche de Enero me acosté muy temprano. Comenzaba a sumirme en el más agradable de los sueños cuando un remezón fortísimo me despertó. A medio vestir salí al patio delantero, que comunica con la calle, patio que, además de ser estrecho, está encerrado entre altos muros. Intenté abrir la puerta y no lo conseguí. No quise insistir porque comprendí que si volvía a fracasar caería en un nerviosismo muy poco varonil. Me quedé inmóvil como un hombrecito, dispuesto a lo que viniera. El temblor se hizo más intenso. Las mujeres en la calle, imploraban, con razón, al Altísimo. Su griterío era casi peor que el temblor mismo. Un coro lamentable henchía el aire. Unos corrían gritando.

Ahora, el movimiento, ondulante, parecía venir de la entraña profunda de la tierra. Se abría como abanico y todo vacilaba.

Miré las murallas con pesimismo, ay, seguro de que caerían sobre mí si el temblor arreciaba. Aunque he luchado con cierto buen éxito, por mantenerme impassible en circunstancias semejantes, esta vez me sentí muy desamparado y habría llegado al espanto si el estremecimiento demoníaco hubiese continuado.

Como suele ocurrir, el remezón llegó a su término. Entonces logré que la llave girara y me asomé a la calle: seguían gritando las mujeres, eso sí que con menos vehemencia, como para no callarse de repente. Una de ellas, con un crucifijo entre sus manos se humillaba ante otra vecina a quien ofendió cuando no temblaba. Quería obtener su perdón. En el centro de la calle un grupo de ancianas rezaba en tono agudo. Los maridos cambiaban cortas sentencias. Y los chicos, olvidados del miedo, corrían joviales.

Lamenté no ser conocido del vecindario porque sentía necesidad de hablar, de compartir con alguien las tumultuosas impresiones que me agitaban. Hasta pensé en vestirme y salir en busca de un amigo.

—¡Esto debe de ser terremoto en otra parte! —exclamó una anciana.

Me acosté por variar. Sin quererlo, estaba en suspenso, atento al rumor de la tierra, en espera de un nuevo temblor.

Al día siguiente, no bien saliera, encontré mucha animación. En las esquinas se leía el diario en grupos. Al llegar al centro los altavoces clamaban. Un terremoto había volcado ciudades y pueblos del sur. En una ciudad perecieron diez mil. En otra sólo la iglesia quedó en pie. Destruídos estaban los hilos telegráficos, las ferrovías, los teléfonos; los caminos quedaron cortados por anchas grietas.

El sur estaba lleno de veraneantes santiaguinos.

Frente a los altavoces se renovaban las multitudes, silenciosas y empavorecidas. El espacio estaba transido de tristes mensajes: "Luis Muñoz murió", "Juan Pérez desea saber de su mujer Melania Guzmán y sus tres hijos", "Pido a mi esposo Pedro Díaz que avise cómo está", "Perecieron sepultados los esposos Pantoja Alvarado con todos sus hijos", "En tal parte se rescataron quince cadáveres", "También pereció el párroco de..." Todo esto envolvía a Santiago en una atmósfera de pesadilla. No había quien no palideciera ante la lista de muertos que se recitaba minuto a minuto.

Fuí a la oficina, y me sentí sin ánimo para barajar papeles. Entonces volví a juntarme a la muchedumbre que esperaba nuevas.

Después de almuerzo encontré en mi escritorio una carta de mi mujer. La había traído un aviador que aterrizó en el fondo donde ella estaba.

Ir al sur era casi imposible. Se precisaba salvoconducto. La necesidad me hizo visitar a un compañero de liceo que desempeñaba un alto cargo. El consiguió que un auto de la policía me llevara como agente ficticio. Salimos dos días más tarde, de amañecida.

Después del mediodía entramos a la región devastada: casas, vallados, tapias, árboles centenarios habían sido abatidos. De trecho en trecho, grietas de cierta hondura dificultaban el paso. Fué necesario orillarlas, desviarse o hacer prolijos rodeos.

En menos de una hora hasta el polvo de la carretera adquirió un sentido angustioso. Aunque atravesamos muchos caseríos desiertos, en la mañana, sentíamos en la atmósfera algo como una palpación humana. Dentro de las casas, en las huertas, en los terrenos sembrados, se adivinaba la vida.

Ahora, sin variar de paisaje, la vivienda hundida, la pared deshecha y el silencio apretaban el corazón. En vano el viento, un viento suave, susurraba en las arboledas.

El aspecto de los dos agentes que viajaban conmigo era bastante hermético. Hablaban apenas y parecía que les daba igual cuanto ocurriera. Su desagradable oficio los tenía casi petrificados. Al principio les comuniqué mis dolorosas impresiones, que resbalaron por sus fisonomías. Después consideré mejor callármelas por temor de que me encontraran poco hombre.

Luego fueron apareciendo carretas y vehículos atestados de enseres y muebles rústicos. Por entre las cosas, veíanse cabezas desgñadas, barbas, rostros pensativos, mujeres arrebizadas. Alguien llevaba en alto una pajarera. En otro carro gruñía un cerdo. A veces asomaba la parte superior de una vihuela. Entre un vehículo y otro, parejas de campesinos con sendos hatillos, mirando al suelo, sin curiosidad por nada, seguían paso a paso, abstraídos.

Solía desaparecer la caravana, apagarse el chirrido de las ruedas y el campo recuperaba su placidez aparente, pero pronto, en un recodo, nos enfrentábamos con los restos hacinados de una habitación, con un álamo caído o con un quiltro perdido que corría hacia el norte.

\* \* \*

De noche llegamos hambrientos, cegados por el polvo, dando tumbos, a la plaza de Cauquenes. Hacía frío, llovía con in-

termitencias, reinaba la obscuridad, no había ningún hotel ni lugar donde dar satisfacción al cuerpo. Hubimos de pernoctar en el automóvil.

No disponíamos ni siquiera de una manta. ¿Cómo dormir un poco? El frío era cada vez más penetrante y los disparos se dejaban oír desde todas partes. Mientras más avanzaba la noche, arreciaban los estampidos. ¿Por qué después de los terremotos cobra tanta fuerza el latrocinio?

Logré trasponerme un rato antes del amanecer, pero me despertó el hielo del alba. Seguía cayendo una tenue llovizna. La plaza era un hacinamiento de carpas, refugios improvisados, familias que se guarecían bajo un paraguas. Era difícil imaginar algo más penoso.

A duras penas, evitando los escombros, el automóvil se puso en movimiento. La iglesia estaba en tierra. El teatro estaba en tierra. Manzanas enteras formaban un todo de adobes, ladrillos y palos rotos. Las calles estaban borradas. Más adelante, una que otra casa había subsistido sin techo, o con el frontispicio caído o sólo con un par de paredes. Algunos suelos de madera quedaron descontrapados y el piano con otros muebles estaban suspendidos, y los dormitorios, en el extremo opuesto, se confundían con la cocina.

Después de ir de una calle a otra, durante una hora, sortear montañas de escombros y tener ante los ojos cabezas vendadas, individuos que cojean, llegamos al fundo donde veraneaban los míos. Nos abrazamos sin decir palabra. Habían escapado al derrumbe de la casa sin más quebranto que el pánico. Pernoctaban junto a las ruinas.

Debimos quedarnos una quincena porque los trenes conducían sólo heridos y personas sin recursos.

De día vagábamos por las colinas y los caminos rurales. Solíamos asomarnos al pueblo, a lo que quedó, impulsados por la atracción que ejerce en el espíritu cualquier trastorno.

Ver calamidades no impresionaba, pero sí me conmovió la vista de una gran bodega casi derruida. Contuvo inmensos fu-

dres, rotos ahora, cuyo vino rojo iba empapando el denso polvo de la calle como si fuera sangre.

Por todas partes había viejecitos ensimismados ante las que fueron sus casas, y gente sin rumbo que erraba hasta la noche.

La noche no era muy amena. Desaparecía la luz solar y comenzaban los tiros. Desde nuestro albergue, a una cuadra escasa del Tutuvén, sentíamos cómo se disparaba por el contorno. Más tarde el río era atravesado por caballos y merodeadores. Había que dormir con un solo ojo. ¿Por qué los terremotos ponen en efervescencia los instintos menos poéticos?



Corre el Tutuvén entre dos colinas doradas. Visto desde lejos tiene color gredoso, ingrato, que no invita a sumergirse en él. Es su defensa. Igual que los hombres que van o vienen por el rulo, silente cumple su destino de irse y permanecer.

De cerca, al borde de sus aguas, el color es transparente y fulgura como una masa de vidrio líquido. El duro sol, que calina la tierra ondulante del contorno, entibia su caudal. El Tutuvén se va, se escurre sin ruido, como los hombres que siembran, ven germinar el trigo, sienten alzarse la mata de garbanzo o crecer, achaparradas, las verdes parras, y cosechan y vendimian sin canto ni alharaca, acaso para continuar fieles a la consigna chilena de ser quitados de bulla.

Con todo lo tibio, lo dulce y acogedor que es, parece el Tutuvén un río gastado, porque su cauce es muy hondo y la masa de sus aguas apenas se alza del lecho. A ratos dan ganas de pensar que el sol se lo ha estado bebiendo durante siglos; pero el Tutuvén corre conteniendo la respiración, disimulándose. El vivirá sin quejas ni lamentos el tiempo que le está señalado. A los íntimos les dirá algo y achacará su escaso volumen a los años. Mas, nunca confesará la causa verdadera. En esto observará el mismo principio que el chileno apuñalado: ni al juez ni al policía dará el nombre del hechor, pero de tarde en tarde

mejorará el filo de su puñal, y alguna vez —¿cuándo vence el tiempo de la venganza?— devolverá la puñalada con una o dos de llapa.

A trechos, en las altas riberas del Tutuvén, crecen unos pocos álamos. Ellos sí que conversan cuando sopla el viento de travesía. Mayor razón para que el río haga su viaje como un ausente, para que enmudezca como si no fuera río sino piedra.

Empero cuando el sol pega fuerte, y el Tutuvén está embargado por el recelo, algo insinúa, algo da a entender. Uno se acuesta, desnudo, en su fresco y mullido lecho. Allí se queda mucho tiempo. En el cielo juegan unas pocas nubes blanquísimas. En la colina amarillenta pacen las ovejas.

No cansan las aguas del Tutuvén, y la arena, molida durante siglos y atemperada por el sol, también atrae.

Tendido en ella fumo. Sobre mis ojos danzan los colores. Poco a poco soy arena, leña seca, hoja muerta. El silencio adormece mis sentidos.

Pero el Tutuvén no acepta mayor silencio que el suyo. Es en esa circunstancia cuando da a entender parte de lo que le concierne, sin palabras, sin voces, más bien metiendo su embrollo en nuestra cabeza.

Le gusta suponer que uno se pasa mirando la parte alta de sus riberas. Parecería que eso es lo que más le afecta. Su embrollo, si a uno le diera por hacer de intérprete de los ríos, habría que explicarlo con palabras semejantes a éstas:

—Sí. Claro es que llegué hasta el pie de esos álamos, pero eso fué antes... Y también, eso sí que en invierno, me dí el gusto de hacer mi inundacioncita colina arriba... pero, ¿qué no pasa con el tiempo? Cuando yo era un río indio, un verdadero Tutuvén, estaba en toda mi fuerza y podía hacer muchas niñerías. Entonces no me atravesaban así no más las carretas chanchas, no se acercaban las ovejas ni los quiltros... (Y a todo esto ni una palabra sobre el sol, como si no fuera cierto que se lo está bebiendo desde hace siglos). Pero uno pierde la fuerza. Además, tuve que hacerme chileno cuando ya era viejo. Créame que no me ha ido mejor. Cierto que entre indio y chileno no hay mucha

diferencia, pero es un cambio... He ido bajando sin bulla. Además, me digo: ¿qué tanto queda por ver? Siempre son las mismas parras, el trigo, los garbanzos, la lenteja y su poco de huerta. Para esto todavía sirvo. Allí me llevan en gamelas, en barriles, y crecen, a su debido tiempo, la cebolla, el tomate, la lechuga y todas esas frioleras gratas a la gente.

Uno envejece, pierde fuerza, se encoge. Sin embargo, mientras alienta no desaparece la posibilidad de ayudar. Ahí tiene los árboles: si están verdes, dan sombra, amén de otros bienes menos precisos, y muertos, o secos, calientan al ser humano, qué sé yo. Ahora vienen aquí muchas mujeres. Se arremangan sus faldas hasta la cintura y lavan. Cuando era caudaloso no habrían podido hacerlo. Hablan de que en otra agua no queda la ropa tan blanca. Debe de ser pura habladuría... pero siempre se está hablando. Los hombres vienen más raramente. Tal vez les detiene el cuento de que se casa con cauquenina el que se moja en mis aguas.

Y el Tutuvén continúa su monólogo.

A media colina Carmen grita:

—¡Que venga a tomar once! ¡Están servidas!

\* \* \*

Los hombres, que viven cerca o distante del Tutuvén, son enjutos. El sol los consume y envejece. Andan lentamente. Apenas si cantan, pero ellos dominan el campo e imponen su paciente voluntad al rulo. Un año y otro siembran, cosechan y vuelven a sembrar, aunque el provecho vaya a manos de hombres que viven en las ciudades. Mueren unos, y otros toman la pala, conducen la carreta o llevan el arado. Es así la ley de la tierra.

Los hacendados suelen sentirse presas del hastío y abandonan las rubias colinas. Eso no deja de repercutir en el campo, porque cesa la creación y el trabajo languidece, pero el pobre no tiene tiempo de aburrirse, aunque realice sus faenas a lentos pasos. La tierra les infiltra la fidelidad, la consecuencia, les da un sentido de adhesión no razonada.

Si sobreviene un cataclismo, pongamos por caso el terremoto, es seguro que no se alegrarán, pero tampoco se arrancarán los cabellos ni los embargará el llanto. Mirarán los escombros, buscarán herramientas y comenzarán a despejar el terreno pensando en que el viento y la lluvia no son invenciones. Es posible que sientan de rebote un silencioso alborozo porque podrán levantar la nueva casa en el sitio preciso.

Frente a las ruinas, los hombres del Tutuvén exclamarán:

—¡Bueno con el temblorcito!

Y comenzarán a reunir los palos no dañados, irán apartando los terrones, las tejuelas intactas y salvando cuanto pueda servir en la nueva casa. Es previsible que también digan:

—¡Harto había durado la pobre!

Así quitan prestigio al terremoto y terminan por convencerse de que las habitaciones cayeron por una razón misteriosa, barruntada de antes por ellos. Así el cauqueño y los chilenos de otras partes hacen frente a la tragedia. Cuando la han dominado, o cuando han medido la extensión del desastre, expresan su opinión:

—¡Bien mirado, se puede decir que no es para tanto!

Ese juicio es su respuesta a las mujeres trajedizantes. Y el siguiente cierra todos los labios:

—¿No habría sido peor morir?

Los hombres del Tutuvén, sin confesarlo, dan a los elementos, a los más desconcertantes fenómenos telúricos, ciertos atributos humanos. Les suponen conciencia, les atribuyen voluntad.

Quizá si para ellos el nombre Terremoto corresponde al ser desmesurado que produjo la caída de tantas casas y la muerte de tantas personas. Al disminuir el efecto de sus devastaciones pretenden más bien desilusionarlo (tienen la certeza de que el terremoto está en reposo, plegado, mimetizado, en cualquier inmensa hondonada), infiltrarle el convencimiento de que eso, el espantoso remezón, es vano, porque ellos vuelven a levantar las casas, a cubrir las aberturas de la tierra y a reemplazar a los que murieron, de modo que su persistente tendencia a mostrarse impasibles ante los azotes es una estratagemas para engañar a quienes los producen.

Poco después del terremoto, se oían estos breves y eufemísticos diálogos. (Varias casas han comenzado a levantarse. Suenan el martillo por aquí, por allá, en todas partes):

—¿Así es que nos embromamos del todo? —dice un hombre que se ha detenido con una carretilla.

—¡Así fué no más! ¡Nos llegó al mate!

Y el del tijeral sigue dando martillazos y el otro empuja la carretilla. Han cambiado estas palabras para comprobar que conservan la voz, pero no creen haberse embromado del todo, porque uno tiene aliento para asestar martillazos y el otro va a tiempo para recoger el maíz, que está botado en el campo.

Otro se detiene más allá y dice:

—¡Bueno con la mortandad grande que hubo!

—¡Es que Dios no querría que fuéramos tantos! Es la respuesta. Y los martillos se embravecen en los clavos.

Más lejos, dos gañanes que retiran escombros en carretas chanchas, cuya capacidad apenas es de un metro cúbico, reflexionan ante una muralla ladeada:

—¡Esta caerá para el nuevo terremoto!

Y toman las palas y van llenando la carreta. Es posible que en diez años dejen la ciudad despejada.

Los hombres del Tutuvén, aunque carecen de movilidad facial, en secreto, viven alertas, dispuestos a cualquier mala contingencia. Y cuando el hecho ocurre, más que al lamento, tienden a inventariar cuanto se ha salvado. Entonces expresan con modestia su admiración por estar vivos y porque el hecho no haya sido peor.

La tierra permanece. Lo que sobre ella levantan puede caer, puede volver al polvo. Pero el polvo permanece y fructifica. Su actitud, si fatalista, es activa. Dentro de cualquier ritmo vuelven a la vida diaria, reconstruyen sus mil intereses, adquieren el sentido de totalidad, en fin, hasta tienen algo más fresco que poner en sus pláticas.

Con ese espíritu ¿qué podrá vencer a los hombres del Tutuvén?

## Segunda crónica argentina

Poco es lo que ha cambiado el panorama interno de la Argentina desde nuestra crónica anterior. (Véase BABEL, número 23). El ejército continúa su programa armamentista intensivo, consumiendo recursos fantásticos, que llegan, según se afirma, a las dos terceras partes del presupuesto total de la nación, aunque en materia de gastos públicos reina la más estricta censura. Pero hay datos muy sugestivos, tales como la suspensión obligada de todas las obras privadas, debido a que las construcciones militares consumen la casi totalidad del cemento que se produce en el país.

En cuanto a la instrucción pública se nota cierto aflojamiento en las imposiciones fascistas y clericales del primer momento. Se ha reincorporado a maestros judíos dejados cesantes; se han retirado de los cargos directivos a elementos del clero y de las filas nacionalistas demasiado notorios por su ideología, y se han permitido elecciones libres para la constitución de las autoridades universitarias. Los resultados de estas elecciones no han sido muy halagüeños; los antiguos elementos, desprestigiados y repudiados por la opinión pública, se han apresurado a recobrar sus cargos directivos, y aunque la actitud de los estudiantes ha sido valiente y decidida, no han podido impedirlo sino en pequeña medida.

A pesar de las enfáticas declaraciones del Gobierno, la situación de la prensa y de los órganos de opinión es la misma. Continúa la censura para toda publicación que pueda molestar al Gobierno, y ella se aplica por medio de la intimidación. No es necesario llegar a las clausuras y a las detenciones, porque tanto los diarios como las radios ya "saben" qué es lo que deben decir y lo que no deben decir. Las dos publicaciones que valientemente se animan a señalar una actitud disconforme, "Argentina Libre"

y "La Vanguardia", llevan una vida muy precaria, y nunca se sabe si podrán publicar el número siguiente. La primera de las mencionadas fué clausurada y ha debido reaparecer con otro nombre.

En materia de economía rige la misma incertidumbre y desconfianza, fruto del sistema discrecional con que se manejan las finanzas del país. El descalabro de la hacienda pública ha podido en parte demorarse gracias a la excepcional posición de la Argentina, productora de materias alimenticias indispensables para el mundo, y que se pagan a precio de oro; pero ya nadie sabe a cuánto asciende el presupuesto de gastos, y las creaciones burocráticas son fabulosas. El costo de la vida sigue en aumento constante, y las medidas que toma el Gobierno al respecto son puramente "pour la galérie". La especulación interna con los productos de primera necesidad sigue como en los mejores tiempos del "régimen" anterior. Esta situación de "ir tirando" favorece la apatía política de nuestro pueblo y crea un clima de conformidad o por lo menos, de espera a "ver qué sucede", que secunda los planes del Gobierno. Mientras tanto, los presos políticos se siguen pudriendo en las cárceles.

En cuanto al Gobierno, su composición se ha ido definiendo claramente. Se ve ahora que la cabeza del grupo es Perón. Es éste un hombre hábil, ambicioso, sin escrúpulos, perfectamente amoral en cuanto a los medios, demagogo y discursador, dotado de "sex appeal" para las mujeres, que quiere llegar a la presidencia "legal" de la república y que no ahorrará medios para conseguirlo. Es indudablemente el hombre más peligroso de la situación y el que más trabajo dará para una normalización de la vida pública del país. Los demás son segundones o comparsas.

Así como el gobierno militar ha carecido de hombres, y los altos cargos oficiales, de ministros para abajo, han presenciado un ininterrumpido desfile de nulidades, no cuenta tampoco el gobierno con el concurso del elemento civil. A pesar de todas las incitaciones y los suculentos sueldos ofrecidos, no aumenta en forma visible el número de los "colaboracionistas", y los nombramientos recaen siempre entre los mismos, es decir, en los elemen-

tos fascistas ya catalogados y conocidos, que han revelado, por lo demás, una voracidad presupuestivora digna del mejor radical.

El suceso espectacular de la política argentina ha sido el cambio de su posición internacional, que ha culminado con su tardía declaración de guerra al Eje. El simple hecho de que los mismos elementos que han estado en estrecho contacto con la embajada alemana y con los centros de propaganda nazi; que han obtenido créditos ilimitados en los bancos germánicos y que han hecho repetidas veces profesión de fe totalitaria rompan así con su admirado maestro y guía —Hitler— y renieguen de él por pura conveniencia personal, pinta claramente con qué clase de gente tenemos que vérnoslas.

Este hecho puede interpretarse de diversa manera. Puede ser la típica “agachada criolla”, que les elimine complicaciones internacionales y les permita aplicar más a fondo su régimen interno en el país; puede ser también una claudicación, un acto impuesto por la presión conjunta de los países aliados; y puede ser también, y ésto es lo más probable, un triunfo del fascismo en América.

No hay más que ver el apuro, la impaciencia con que los sectores diplomáticos de toda Sudamérica buscaron el acercamiento de la Argentina en la conferencia de México, y procuraron por todos los medios su “reconciliación” con los Estados Unidos. El reconocimiento del Gobierno argentino, por parte de la Unión, significaba para ellos el reconocimiento automático de sus respectivas situaciones locales. No es un secreto para nadie que la diplomacia sudamericana surge directamente de los pequeños grupos oligárquicos que mantienen sus privilegios y situaciones dominantes en todos los países sudamericanos por sistemas más o menos fascizantes, y que piensan resistirse hasta el fin. El arreglo del conflicto argentino era para ellos fundamental por sus consecuencias de rebote, y tanto han hecho hasta que lo han logrado.

La declaración de guerra al Eje, por parte de la Argentina, dió a ésta ingreso al “concierto” de naciones americanas, es decir, estabilizó sin término el régimen interno del país, y obligó a las naciones aliadas a una conducta de transigencia para con los pe-

queños fascismos locales, los de Paraguay, Bolivia, etc.. La subsistencia de un foco fascista en Sudamérica es de vital importancia para la futura estrategia de la ideología totalitaria, perdida como está la causa en Europa.

Por lo demás, la actitud de las naciones aliadas para con la Argentina está lejos de ser uniforme. El Gobierno argentino ha sabido atraerse la benevolencia de los ingleses concediéndoles ventajas económicas, aumentando las tarifas de los ferrocarriles y mejoras en los cambios. El resultado es que el gobierno inglés está encantado con los coroneles, y mientras sus intereses estén protegidos, le importa una higa que en esta punta de Sudamérica prospere el fascismo o lo que sea. Por su parte, la industria inglesa está haciendo visibles esfuerzos para conquistar, o reconquistar, el mercado argentino, y se ha entablado entre ellos y los yanquis una no disimulada competencia.

A su vez, los norteamericanos, abrigan la esperanza de obtener iguales ventajas que los ingleses. Los altos intereses de Wall Street y la industria norteamericana presionan sobre su gobierno para que, so pretexto de una actitud “romántica” en favor de la democracia, no deje que los ingleses invadan este mercado y obstruyan su programa de post-guerra. Así se explica que los Estados Unidos no hayan visto con malos ojos las mociones de acercamiento de Chapultepec, y quizás hasta las hayan insinuado, para no verse obligados a dar el primer paso.

Todo esto fortalece muchísimo la posición internacional del gobierno argentino, y por amarga que haya sido la píldora que ha debido tragar, sobre todo para con sus relaciones con los fascistas de adentro, no hay duda que tienen en sus manos bastantes cartas de peso y que vayamos visiblemente a una reconciliación y arreglo que redundará inmediatamente en un afianzamiento del régimen fascista argentino y en la constitución de un sólido bloque sudamericano antidemocrático, de donde se pueda comenzar a planear la próxima tentativa bélica o política para la obtención del triunfo mundial.

Sin embargo, no todas las esperanzas se han perdido, ni podrían perderse en estos momentos de tan espectacular colapso



de Alemania y el Japón. Queda la resistencia interior de diversos núcleos importantes de obreros, de intelectuales, de estudiantes, de la clase media del país, que se va estructurando lentamente, se va fortaleciendo, y que puede llegar en un momento dado a hablar a los coroneles en el único lenguaje que entienden: en el de la fuerza. Eso es duro y trágico, pero ya lo han hecho otros países y podemos hacerlo también nosotros.

## EPILOGO

El "*Münich americano*".—Pocas veces se ha visto en América una política más desvergonzada. Mientras la flor de la juventud norteamericana moría en los campos de batalla europeos y asiáticos luchando por "la libertad y la democracia", el gobierno de los Estados Unidos, presionado quién sabe por qué intereses ocultos, impulsaba a los países satélites de Sud y Centroamérica a buscar en cualquier forma un acercamiento con la Argentina, para poder defender el mercado amenazado por la "punta de lanza" británica.

Es así como un país *scí disant* democrático sigue pactando con el nazismo, seis años después de una guerra horrorosa, como si nada hubiera ocurrido desde los días de Münich.

Las cosas sucedieron tal como las habíamos previsto. A la declaración de guerra al Eje, que se hizo "para uso interno", como se verá, siguió el reconocimiento diplomático, la invitación a firmar el acta de Chapultepec y a participar en la Conferencia de San Francisco. No se había secado todavía la tinta de la declaración de guerra cuando ya teníamos aquí una nutrida delegación militar y comercial de los Estados Unidos, confundida en abrazo limpio con los coroneles del gobierno y haciendo patéticas declaraciones de comunidad de ideales.

Por miserables intereses comerciales se entregó inermemente al pueblo argentino en manos de los dictadores, ahora todopoderosos. Nadie dudó un momento que la declaración de guerra fue una farsa; que el actual gobierno argentino no había cambiado en lo más mínimo su filiación nazi y que no había tomado ni

tomaría ninguna medida democrática. Sin embargo, se llevó la farsa hasta el fin. Bastó ese gesto para que los Estados Unidos, al frente de las naciones americanas, declararan que ya nada los separaba de los ideales del GOU. Más aún; cuando se designó al doctor Ameghino —un fascista notorio, con larga foja de servicios totalitarios— para que presidiera la delegación a enviarse a San Francisco, los delegados americanos dijeron que se iban a sentir muy a gusto en su compañía. Es quizá lo único cierto que han dicho hasta ahora. Sin embargo, como la cosa era demasiado gruesa, se cambió a última hora al doctor Ameghino por el doctor Cárcano, —un *bon á tout faire*.

Los resultados de la confraternidad fascista-democrática se han hecho sentir de inmediato. Los métodos gestapistas de la policía han recrudecido, dirigidos por técnicos nazis venidos expresamente de Alemania. Las libertades de imprenta, de reunión, de opinión, siguen rigurosamente reprimidas. No se cierran los diarios democráticos, pero se encarcela a sus directores, para intimidarlos. A los estudiantes "reformistas", esto es, de filiación liberal y democrática se les persigue sistemáticamente, cualquiera sea su edad, para atemorizarlos y hacerlos desistir en sus actividades. Se ha impuesto la censura postal —que hasta en los países verdaderamente en guerra acaban de suprimir— y todo lo concerniente al gobierno y a los cambios políticos se sigue resolviendo en "petit comité". Ya no se habla del restablecimiento constitucional ni de elecciones libres. ¿Para qué? Ahora tienen las espaldas cubiertas por el poderoso amigo del norte, y al que no le guste, leña.

Esta es la parte sombría del panorama. La otra faceta la proporciona el admirable espíritu con que el pueblo, en su inmensa mayoría, soporta estos contratiempos, sabiendo que son pasajeros, y que lucha por una causa que está ganada; y también la comprobación de que no todo está podrido allá en el Norte, y que continuamente se levantan voces en defensa del pueblo argentino, poniendo de manifiesto las indignidades del gobierno del señor Truman. Todos sabemos que estos son los colazos finales del nazismo.

Buenos Aires, Mayo 30, 1945.

Edmund Wilson

## “Misión en Moscú”

Acabo de leer el libro de Mr. Joseph E. Davies, “Misión en Moscú”, después de ver la cinta cinematográfica de igual título. Encuentro que la película apenas coincide con el libro en algún respecto. El auténtico Davies, por ejemplo, es un sagaz abogado financiero que contribuyó al fondo electoral de Roosevelt y fué recompensado apropiadamente con una Embajada. El Davies de la película de Warner Brothers es un vulgarísimo hombre de negocios norteamericano, que Walter Huston representa como un Dodsworth, de Sinclair Lewis, más viejo. Cuando el Presidente le pide que vaya a Rusia, vacila con patética humildad, alegando que le falta experiencia diplomática. El verdadero Mr. Davies fué enviado específicamente para lograr un acuerdo comercial que comprendiera el pago de la deuda contraída por el gobierno de Kerensky. En cambio, el Mr. Davies de Hollywood sólo recibe la solemne misión de informar acerca del estado de la Unión Soviética. El Mr. Davies real está pesaroso con la tiranía de la G. P. U. stalinista. “Ninguna mejora del standard físico de vida —escribe— es capaz de compensar la destrucción de la libertad de pensamiento o de palabra y la santidad de lo individual... El gobierno es una dictadura no del ‘proletariado’, como se dice, sino ‘sobre el proletariado’. Está completamente dominado por un hombre”. Así hasta el final.

Sin embargo, hay un punto en que la película es completamente fiel al auténtico Mr. Davies. Cuando el Davies de Walter Huston asiste a los procesos de Moscú hace la siguiente declaración: “Fundado en veinte años de práctica judicial, me inclino a creer en el testimonio de estos hombres”. Los procesos en sí, es verdad, están falsamente montados y éste no es precisamente la clase de juicio que Mr. Davies aprobó en su tiempo; pero la indigente sintaxis del Davies de Warner Brothers es absolutamente

fiel a la otra del vivo. En resumen, de la lectura del libro, hasta donde alcanza mi experiencia, puedo asegurar que el autor de *Mission to Moscow* es el más grande maestro del mal inglés oficial desde el difunto Presidente Harding.

El estilo de la prosa del Presidente Harding fué analizado por H. L. Mencken en su admirable artículo, *A Short View of Gamalielese*; y esta pieza que he leído ultimamente\*, me ha estimulado a ensayar un poco de justicia a las bellezas de los escritos de Davies.

Permítaseme iniciar con una de las notas culturales con que Davies el connoisseur y hombre de gusto diversifica sus apuntes sobre lo negocios de estado; pasaje que ilustra brillantemente su pericia para producir efectos sorprendivos:

Durante semanas hubo celebraciones del centenario de la muerte de Puschkin en todo el país. Para el pueblo ruso él es una combinación de Byron y Shakespeare. Era de ideas liberales y se casó con una noble que, según se dice, fué amante del zar. Fué muerto en duelo, al parecer, fraguado. Tanto la ópera como el ballet están basados en trabajos de Puschkin y la música la hizo el gran Tchaikovsky. La ópera era “Eugen Onegin”, una historia romántica de dos jóvenes de posición cuya amistad fué rota por incomprensión y querrela amorosa que dió lugar a un duelo en el que fué muerto el poeta. Era significativo del propio fin de Puschkin y bastante raro fué escrito por él.

La secuencia de pronombres relativos en la penúltima frase donde cada uno depende del anterior, es un trozo muy fino de literatura, pero apenas prepara el ambiente. ¿Qué es lo que hace tan alarmante la frase próxima? No la sintaxis, porque ésta es normal. No la lógica, que no envuelve ningún sofisma. No podemos atribuir la maniobra a ninguna de las clases conocidas de error retórico o lógico. La invención es original y atrevida; nos cuesta un momento atraparla; pero al fin nos damos cuenta de

\* Edmund Wilson ha incluido este artículo de Mencken que toma su nombre del segundo del Presidente Harding, que se llamaba Warren Gamaliel, en su excelente antología, *The Shock of Recognition*. Doubleday Doran and Company, Inc. New York, 1943.—NOTA DE LA REDACCIÓN

que el truco consiste en explicar primero que la ópera llamada por Mr. Davies *Eugen Onegin* (si bien ésta no es su grafía inglesa ni rusa) se basa en el poema de Puschkin; luego en indicar el paralelo asombroso entre las circunstancias de la muerte de Puschkin y el poema; por último, en destacar de pronto que por una coincidencia increíble casi, el poema fué escrito por Puschkin. Pero parafrasear de tal modo el pasaje es quitarle todo su encanto. El efecto total depende del instantáneo trastrueque del sentido y de la frase misma que, por raro que parezca, es a la vez buscada y fortuita. Sólo a un mal escritor de genio pudo habersele ocurrido estampar esta frase. Es como si mientras nos dirigiéramos a una ceremonia oficial sobre una gran alfombra roja ésta nos fuera retirada bruscamente.

Con todo, hay aun otro ejemplo más temerario de la capacidad de Mr. Davies para ofuscar y desconcertar:

La paz de Europa, si se mantiene, corre inminente peligro de ser una paz impuesta por los dictadores en condiciones que harán a los países más pequeños cobijarse apresuradamente bajo el escudo de la égida germana, y en condiciones que aunque haya una armonía de poder, como le he predicho a Ud. hace dos años, con "Hitler dirigiendo la banda".

Aquí la apertura es grave y portentosa: un veterano de los negocios con una amplia experiencia de Europa está por expresar una opinión de peso. El primer signo de algo raro aparece con *el escudo de la égida germana*; pero si esto nos da un breve respiro, en seguida nos confirmamos la seguridad de que Mr. Davies no ignora que égida es también escudo, y se ha permitido la pequeña tautología en medio del placer exuberante que le procura su posición oficial, como un simple adorno retórico. Pero entonces llegamos al *cómo le he predicho a Ud. hace dos años*. El tiempo del verbo es incorrecto aquí: debería ser *como le predije a Ud. hace dos años*. Sacamos en conclusión que Mr. Davies sabe esto; pero aun ignorándolo el instinto de su genio lo ha llevado a dar con la desviación perfecta que, añadido a la solemnidad del tono al mismo tiempo que a lo absurdo de lo escrito, conduce al efecto final. ¡Y qué efecto! La frase no va a ninguna parte. Es una nue-

va forma de reticencia —una reticencia con punto aparte al terminar. Sin embargo, esta imposibilidad gramatical ha sido encubierta con arte maravilloso. Primero nos brinda una cláusula adverbial que debuta *en condiciones que* terminada en forma lógica, pero en seguida sigue otra cláusula *en condiciones que*. Y quien ha visto llevar a término la primera, aguarda el complemento imprescindible de la segunda. Pero éste nunca llega. Mr. Davies, mediante un raro toque artístico empieza otra cláusula subordinada, *aunque haya*, etcétera, y al final de la cláusula pone un punto. Por un momento no podemos creerlo. Aquí el uso del subjetivo, *aunque haya*, es otra de sus finas manipulaciones para inspirarnos confianza en la estructura de su pensamiento. Nos resulta muy duro creer que un hombre que usa el subjuntivo en su noble forma tradicional sea capaz de abandonar su frase con el final flotando en el aire como la cuerda del lazo indio. Y sin embargo, Mr. Davies la *deja* no más, y nosotros sólo podemos aceptarla con asombro así como aceptamos con asombro de que asegure al público bajo su palabra la autenticidad de todos los testimonios contenidos en los procesos de su película, que trae una confesión de Tukhachevsky imaginada y escrita por Hollywood.

NOTA DE LA DIRECCIÓN.—Contra nuestra costumbre interrumpimos aquí el artículo de Edmund Wilson, poco antes de llegar a su fin, pues concluye aludiendo a un episodio—el de la exhibición de la película de Mr. Davies en el Kremlin—que fué suprimido entre nosotros. ¿Qué significa una sonrisa de agradecimiento después de la orden de Lenin (y no de San Pancracio) concedida por Stalin a Mr. Davies? También creemos que huelgan más pruebas de cómo le funciona el magín a Mr. Davies después del lío que se hace con la obra clásica de Puschkin. Cuanto a la inflada personalidad del gran filisteo y a su autodramatización final, basta el testimonio de su colega el Embajador Dood en su Diario Íntimo, y su propia profecía al difunto Presidente Roosevelt, que no quiso aparecer en la película. Vale igualmente la pena recordar la carta esclarecedora de John Dewey al *New York Times*. El eminente filósofo norteamericano tras de citar las propias palabras de Mr. Davies acerca del aplastamiento de toda oposición política en la URSS, pregunta: «¿Qué foco de oposición podía haber en Rusia más probable que los supervivientes amigos de Lenin, los héroes de la revolución y de la guerra civil, cabezas visibles de los procesos de Moscú? ¿Y qué medidas más eficaces podía encontrar Stalin para desacreditar a esos hombres que forzarles a confesar que habían conspirado con poderes extranjeros? Es lo mismo que si [en los Estados Unidos] Aaron Burr hubiera tomado el poder y lo hubiera consolidado llevando a un proceso semejante a Jorge Washington, a Tomas Jefferson, a John Adams, a Alejandro Hamilton y a otros héroes revolucionarios americanos, acusándoles de conspirar con poderes extranjeros contra el Estado que ellos contribuyeron tanto a crear.»

## Ignazio Silone y el amor a la verdad

La indigencia espiritual del fascismo y del que fué su pintoresco capo, a quien Emil Ludwig quiso presentar un día en sus *Coloquios*, —de ingrata memoria— bajo el austero disfraz de una máscara nietzscheana, se ha caracterizado no sólo por la falta absoluta de una filosofía política, sino también de una literatura general digna de la gran tradición italiana, negada precisamente por los literatos más serviles del amo ignaro y pretencioso.

Aquellos literatos uniformados, —estridentes futuristas de circo, en su mayor parte— no tardaron en adaptarse a las exigencias retóricas del Duce para convertirse en académicos reales, gracias a la autorizadísima elección del mismo que, entre otras cosas, era autor de *La amante del cardenal*.

Hemos tenido oportunidad de contemplar de cerca, en el Congreso internacional de pendolistas, realizado en Buenos Aires a fines de 1936, al más conspicuo y famoso de dichos académicos: F. T. Marinetti, que algunos años atrás había hecho ya de las suyas entre nosotros.

Molesto con la antipatía visible del público por su persona, Marinetti no pudo menos que estallar frenético como siempre, para embestir a los escritores franceses que tuvieron a su cargo la defensa de algunos colegas alemanes perseguidos por el fascismo. En su cháchara injuriosa contra el que más tarde habría de ser víctima del fascismo hitleriano precisamente: Benjamín Cremieux, uno de los pocos críticos de la literatura italiana en París, Marinetti hizo presente el ejemplo “puro” de Mallarmé: la cacareada torre de marfil, etc. Y aunque Jules Romains, que presidía el debate, no dejó de contestarle, a su modo, quizá valga la pena agregar aquí, porque se ha vuelto a invocar el argumento, que el propio Mallarmé defendió

en 1894 al colaborador de la *Revue Blanche*, Félix Feneon, mezclado en un célebre atentado anarquista: “*non seulement a cause de mon gout pour lui, qui est très vif, mais aussi par amour de la vérité*”.

Este amor por la verdad que conoce todo artista responsable, puesto que la belleza, según se dijo, es su resplandor, no lo pudo defender entonces bajo ninguna forma un escritor itálico, a menos que tuviera la entereza suficiente para quedarse del otro lado de la frontera nativa, repitiendo el amargo verso de Carducci:

*Italianni, la nostra patria e vile.*

Tal es el caso del novelista Ignazio Silone en nuestro tiempo y por eso es, justamente, entre todos los de su idioma, el único que logra interesar al mundo con su obra insobornable.

\*

Poco es lo que sabemos de la infancia y formación de Silone. Nacido en el contradictorio país de los Abruzzos, como d'Annunzio, su antípoda desde un punto de vista espiritual, se cría en una de las aldeas más atrasadas de la región. El mismo ha contado, con mucha veracidad, su primer recuerdo increíble en una página que recogimos en el número inicial de BABEL. Un periodista francés asegura que en Pescina, sobre el desecado lago Fucino, están todavía los escombros de la casa paterna de Silone, arrasada por el terremoto de 1908. Su experiencia de niño debió ser horrorosa en medio de la elocuente miseria de los *cafoni*. Desde los 16 años se entrega a la acción política. Milita en la extrema izquierda. Sufre años de soledad y de persecuciones, haciendo la vida de un agitador constantemente acosado. Se dice que, como muchos de sus paisanos, anduvo por los países del Plata. Pero nada se sabe de fijo sobre tales andanzas. Menos sabemos aun de su estada en Rusia, en la época heroica de Lenin y Trotsky. El advenimiento social de Mussolini y una enfermedad no menos grave, contraída en medio de la lucha y las privaciones, lo obligan finalmente a refugiarse en Suiza, donde publica en alemán una de las primeras obras críticas sobre el fascismo.

Por razones de salud reside a partir de entonces, casi sin interrupción, durante quince años cerca de uno de los sanatorios de la Montaña Mágica, donde más que a las paradojas del profesor Setembrini, presta oído a las voces distantes de los *cafoni* de su tierra. Y así escribe *Fontamara*, una novela de apenas doscientas páginas, que le conquista de golpe la celebridad.

“FONTAMARA”

Antes que por ningún crítico profesional supimos de la excelencia de esta novela por León Trotsky. El hecho merece registrarse, pues no deja de tener su significación.

En viaje a Francia a bordo del “Bulgaria”, Trotsky escribe, quizá frente a la misma costa italiana, el 17 de julio de 1933, un juicio sumarisísimo sobre el libro, en el que destaca sin embargo sus cualidades principales y le augura un vasto eco en el mundo, intervenga o no la burocracia soviética en su difusión.

Efectivamente, dos años más tarde *Fontamara* alcanzaba numerosas ediciones en francés, inglés y español, además de una adaptación escénica en uno de los teatros de Nueva York.

Es difícil decir en qué consiste el encanto de *Fontamara*. El autor deja hablar a sus personajes, que son todos labriegos meridionales, sobre sus experiencias comunes de cada día. Pero lejos de idealizarlos, como es costumbre, para obtener el famoso “color local”, Silone traduce en términos nacionales sus relaciones particulares con el Estado y los burócratas fascistas al servicio de los mismos amos de siempre. La descripción está hecha tan desde adentro y con tanto ingenio de buena ley, que resulta evidente para todo el mundo, empezando por los propios campesinos, que no saben qué hacer para cambiar su vida irrisoria...

Con cuánta justeza dice Trotsky en su ya mencionado artículo: “Aquí la pasión revolucionaria se eleva a una altura tal que engendra una auténtica obra de arte”. *Fontamara*, como símbolo de todas las aldeas miserables del sur de Italia, es desde luego eso en primer lugar; y de ahí su importancia. Entre la vida y la literatura, Silone establece un nexo dialéctico que surge de

la negación de la mentira en sus más brillantes aspectos. La lucha de los campesinos italianos no es una lucha con la naturaleza sino con la fuerza del dinero, que los confunde en su miseria tras una retórica anticapitalista. Silone lo ve claramente. Por eso *Fontamara*, en vez de un poema bucólico sin consecuencias, es una novela humorística de alcance universal.

“VIAJE A PARÍS”

*Fontamara* se prolonga en un libro igualmente breve, de cuentos, bajo el título del primero de ellos. En este libro, *Viaje a París*, cuyas historias pertenecen al mismo pueblo a que el autor ha dado nombre en la literatura italiana moderna, sólo cambia el enfoque de la narración. En vez de la experiencia instintiva de la masa regimentada, Silone coteja sutilmente el sueño y la realidad de algunos intentos personales para escapar al destino común.

El héroe fontamarense del Viaje a París, cansado de vivir en un mundo de polenta podrida, no halla otro remedio que escamotearse como un cadáver entre el equipaje del Expreso de Roma. Pero como el pobre Benjamín sólo mimetiza un suicidio provisorio, las imágenes más monstruosas de su existencia atormentada por el hambre y la miseria, lo persiguen al quedarse dormido.

Un crítico norteamericano advierte con perspicacia en *Partisan Review* hasta qué punto el método narrativo de Silone, a fuer de moderno, contradice el estilo del pasado inmediato con uno mucho más remoto. En este caso, el sueño del *Viaje a París*, se le ocurre a Lionel Abel más próximo al de la escala de Jacob que al de cualquier surrealista. Sin embargo, un análisis completo de la síntesis creadora de Silone demuestra que su “primitivismo” debe tanto a Boccaccio como a Dostoievsky. En sus cuentos “Leticia” y “Don Aristóteles”, se halla muy cerca del primero, seguramente. No así en “El Zorro” o “La Trampa”, donde el drama de conciencia lo lleva al evangelismo característico del segundo.

Con todo, este sistema de aproximaciones literarias apenas puede dar una idea del arte fabuloso de Silone, que es un arte

esencialmente popular en sus raíces, aunque no en sus frutos todavía. Si por nuestra parte insistimos en tal procedimiento, es porque Silone retarda la madurez de éstos al prestarles un follaje bíblico que intercepta de pronto la cruda luz del sol meridional.

La novela que sigue a *Fontamara* y *Viaje a París* es, en su género, un ejemplo de lo que dejamos insinuado. Pero es también mucho más.

#### "PAN Y VINO"

El antiguo expatriado en Suiza imagina aquí, enfermo y todo, su regreso a Roma en vísperas de la guerra con Etiopía, bajo el nombre de Pedro Spina o Pablo Spada, un *alter ego* más simbólico aun. Lo hace desde luego no para acompañar a los jóvenes fascistas que van a "librar" a los abisinios de la esclavitud, sino para pintarlos enfangados en su propia servidumbre. El cuadro que Silone nos ofrece de la multitud reunida "espontáneamente" en Fossa para aclamar la declaración marcial del "Capo" radiofónico, a los gritos sinietros de "CE-DU!, CE-DU!, CE-DU!"... constituye uno de los capítulos más poderosos de *Pan y Vino*. Por su técnica es también uno de los que recuerda más vivamente a *Fontamara*. Fuera del nombre, no hay en verdad mayor diferencia entre Fossa y Fontamara. Pero sí la hay, y profunda, entre los caracteres auténticos de Don Benedetto, el viejo párroco, y Don Pablo, el nuevo cura sin órdenes. Tanto que el verdadero protagonista de *Pan y Vino* resulta el primero, si bien se mira. Este es, a nuestro juicio el único defecto de la magnífica novela.

La pasión revolucionaria del autor diríase que ha decrecido con los años, según puede advertirse por momentos a través de su héroe representativo. Claro que no le faltaron causas en presencia de la realidad inmediata. Con todo, un escritor fogueado en las luchas sociales como Ignazio Silone estaba en el deber de superar la literatura ya consagrada del martirio y la traición con una perspectiva inédita del porvenir que anima su derrotero. De lo contrario, la vieja literatura no dejaría de vengarse de la nueva vida que asoma apenas su faz, cubriéndola de palabras muertas...

Algo de esto sucede, desgraciadamente, en *Pan y Vino*, no sólo cuando el autor nos pinta al cura "clásico" que ya nombramos, Don Benedetto, sino hasta cuando glosa el sacrificio definitivo de otro de los personajes secundarios, Murica, a cuyo padre atribuye un poco artificialmente la explicación del título de la novela.

Sin duda, llamar simplemente al pan, pan y al vino, vino, está más de acuerdo con el espíritu fontamarense que el mismo autor acepta en el último capítulo, al sostener que basta escribir en los muros: "Don Benedetto ha sido envenenado", sin añadirle un punto de admiración, para que todo el mundo lo sepa. Después de todo, no hay nada más fuerte que la verdad pura y simple.

#### "LA ESCUELA DE LOS DICTADORES"

La tendencia erudita de Silone alcanza su cenit en este libro, desde el título. Sólo que en vez de una comedia italiana el autor nos brinda en él una serie de diálogos edificantes acerca de todos los gobiernos totalitarios de nuestra época. Si bien se mira, sus dos interlocutores norteamericanos carecen por completo de humanidad y sería irreverente cualquier comparación hasta con los personajes menos típicos de Anatole France. Y ni qué decir con *Bcuvard et Pécuchet*... Sin embargo, la frecuente intervención de Tomás el Cínico, un tercero en discordia, que lleva la voz cantante del propio Silone, presta al mayor número de las páginas del libro un interés extraordinario.

La concepción de *La Escuela de los Dictadores* se resiente quizá de cierto yanquismo excesivamente ingenuo y palabrero. Las ideas sociales y políticas del momento son expuestas invariablemente por el autor. A tal punto que podría extractarse sus opiniones personales del volumen sin que éste perdiera su peso específico... En verdad, el ingenio que Silone adhiere al recuento de numerosas citas históricas y literarias no le quitan del todo su carácter didáctico.

La prueba está en que el propio Silone se adelanta a contestar este reproche de su títtere norteamericano:

“—Usted tiene razón, míster; a pesar de ello tenga paciencia. Hablando de dictadura, el citar es inevitable. Si usted quiere ser dictador debe habituarse a ello. Una dictadura es un régimen en el cual en lugar de pensar los hombres citan. En una dictadura católica se cita al Papa y al Evangelio en la traducción del Papa; en la comunista se cita a Stalin y a Lenin en la interpretación de Stalin; en la fascista, al altoparlante nacional”.

El Duce, por su parte, ni siquiera pretende interpretar a Maquiavelo... Se limita a substituir el nombre de d'Annunzio por el suyo en la grito salvaje de los primeros secuaces de ambos. Al respecto, Silone olvida un pequeño hecho significativo: Cuando “el divino Gabriel del ojo herido” hizo su famosa “captura” de Fiume, los legionarios que lo acompañaron gritaban bajo sus balcones: “*Per d'Annunzio comandante, eia, eia, alalá*”... Después de la marcha sobre Roma, todos se vieron obligados a añadir al del poeta el nombre del condottiero que había hecho el viaje en pullman a pedido del *piccolo re*, dejando siempre a aquél en primer término: “*Per d'Annunzio e Mussolini, eia, eia, alalá*”. Pero finalmente, el estribillo se redujo al solo nombre del Duce: “*Per Benito Mussolini, eia, eia, alalá*”...

La Escuela de los Dictadores abunda, desde luego, en rasgos paralelos sobre el difunto retórico y el villillo político que lo ha traicionado... Empero, no agota como hemos visto la erudición.

En cuanto a la maestría de los mismos diálogos entre sus sedicentes émulos norteamericanos, poco agregan al reconocido talento literario de Silone, fuera de un ingenio caricaturesco, asaz primitivo. El autor no supera, de ningún modo, el siguiente cambio de ideas del héroe de *Pan y Vino* con un comunista italiano llamado Bolla, que sigue la nueva táctica, haciéndose pasar por peluquero...

No resistimos la tentación de transcribir íntegramente tan curioso diálogo al que puede atribuirse cualquier escenario internacional adonde hubiera llegado el célebre discurso de Dimitrov:

“Acabo de preparar un periodiquito para los estudiantes, que vamos a mandar por correo a un centenar de direcciones.

“—¿Qué artículos hay en este periódico?”

“—El artículo de fondo lo escribí yo —dice Bolla—. Luego hay una hermosa carta de un estudiante católico.

“—¿Quién la ha escrito?”

“También yo —contesta Bolla—. Hay otra carta más breve, pero enérgica, de un estudiante nacionalista que se declara desilusionado.

“—¿Quién la ha escrito?”

“—También yo.

“—¿Por qué haces semejantes engaños? ¿A quién crees engañar? —pregunta Spina.

“—Hay que dar la impresión de que también los estudiantes empiezan a despertar —contesta Bolla.

“Spina pierde la paciencia:

“—Nosotros no somos un partido de peluqueros —se pone a gritar—. No trabajamos por la apariencia. Lo importante no es parecer fuertes. Lo esencial es ser fuertes. La revolución no es un truco, un juego de prestidigitación. Es la verdad, nada más que la verdad.

“—¿Y si la verdad es desmoralizante?”

“—Será siempre menos desmoralizante que la mentira más alentadora”.

Imposible plantear más sintéticamente el problema fundamental de nuestro tiempo en que los mismos opositores del régimen odiado adoptan sus métodos canallescos y demagógicos, un lenguaje fariseo que conduce al ridículo y a la desesperación en todas partes.

Ignazio Silone enfoca esta inmensa farsa, que esconde la sangrienta realidad del mundo, desde un punto de vista italiano. Pero por lo mismo, su personalísima verdad tiene valor universal.

Por amor a la verdad, precisamente, Silone ha preferido el destierro a la Academia. Enfermo y sin otro recurso para ganarse la vida que su pluma rechaza, en 1935, al mismo tiempo que las múltiples y torpes imposturas fascistas contra la inteligencia, los falsos halagos de la burocracia soviética. Después del éxito de *Fontamara* y del *Viaje a París*, aquella no puede menos que sugerirle a Silone que se ponga en contacto con los emigrados alemanes que publican la revista *Das Wort*, a propósito de su novela *Pan y Vino*. Y hasta le hacen llegar un ensayo elogioso de su di-

rector para publicarlo junto con su respuesta. Pero Silone, lejos de adoptar la cómoda posición de los Ludwigs y Feuchtwangers, sale con una "Carta a Moscú" de una verdad tan inesperada y completa que los burócratas terminan por incluirlo definitivamente en el Index Rojo.

Ahora bien, es preciso tener en cuenta lo que significa para un escritor revolucionario, que vive o muere en el destierro de lo que produce su pluma, un artículo bien pagado o una justa retribución de sus derechos, para comprender cuánto sacrificaba entonces Ignazio Silone a sus principios, cerrándose al mismo tiempo que las puertas de la revista, las del país que la sostenía.

Seguramente los burócratas, atemorizados, quemaron la "Carta a Moscú". Pero ésta no dejó de ser publicada, como preveía su autor. Y hoy constituye un documento excepcionalísimo. Pues ante las purgas sangrientas del Kremlin, la mayoría de los escritores antifascistas prefirieron callarse. Por su parte, Silone, después de poner en evidencia todas las contradicciones en que incurrieron con su tácita complicidad los "defensores de la cultura" y del "nuevo humanismo", concluía diciéndoles:

"Me siento capacitado para hablar con franqueza especialmente porque no he tenido conexión alguna con los revolucionarios ejecutados, a quienes por lo demás, creo tan responsables como los otros del presente soviético. En esta carta no me solidarizo con ninguna de las fracciones rusas. Esta carta es un acto necesario que fluye lógicamente de mi posición general antifascista. Si permaneciera en silencio ahora no tendría valor para escribir una línea más en contra de las dictaduras fascistas. Estoy convencido —y esta convicción es lo que he tratado de expresar en toda mi obra— que para luchar contra el fascismo no nos hacen falta tanto medios materiales, armamentos y aparatos burocráticos, cuanto una visión diferente de la vida y de los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esta visión diferente de la vida y de los seres humanos, nos convertiremos en fascistas. Y yo rehusé ser fascista, ni siquiera fascista rojo".

Eso fué a principios de 1936. Desde entonces la historia se ha encargado de desenmascarar a muchos intelectuales oportunistas que se hicieron pasar por astutos troyanos. El pacto Hitler-Stalin de 1939 alejó a más de uno —francés o inglés— de la

Unión Soviética bajo la vieja consigna de *right or wrong, my country*, mientras muchos volvían al seno de la Madre Iglesia en busca de perdón.

Silone no ha tenido por qué tomar ninguno de los dos caminos. Al contrario, fiel a sí mismo y a sus lectores, numerosos en todo el mundo, continuó desarrollando su política independiente que consistía en decir y hacer sentir su verdad pura y simple.

En el prólogo al Pensamiento Vivo de Mazzini puede leerse lo que sigue bajo su firma:

"Todo fracaso revolucionario produce una duda, una humillación, sume a los hombres en la desconfianza de sí mismos y refuerza su convencimiento en la miseria, la debilidad y la incapacidad que les son propias; todo desastre revolucionario, en fin de cuentas, favorece a los sacerdotes; las ovejas perdidas tornan al redil confusas, arrepentidas y maltrechas".

Es la encrucijada en que nuestro autor pone a contrapelo, es cierto, a su alter ego en vísperas de la segunda guerra mundial.

#### "LA SEMILLA BAJO LA NIEVE"

Tras esta novela Silone oculta su propia etapa de transición. Pero aun aquí, en medio de su acentuado fervor evangélico asoma un brote de cinismo incompatible. Pues, como ya se ha observado, ni en el Nuevo ni en el Viejo Testamento encuéntrase una sola ironía.

Por otra parte, si ya en su tiempo Marx pudo advertir a ciertos revolucionarios de cartel: "Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas con la palabra pueblo: la convertís en un ícono", ¡cuánta razón no hay para enrostrarle al novelista de Fontamara un intento semejante con el pobrerío! Sobre todo, en *La semilla bajo la nieve*.

Cierto que sus personajes principales —primera vez— son femeninos y que al autor parecen interesarle particularmente las relaciones domésticas quebrantadas por el fascismo. Con todo, no falta a lo largo de la extensa novela el latiguillo evangélico incompatible, según dijimos, con el sarcasmo y la ironía de que hace gala a izquierda y derecha.



Explicable como es la reacción de Silone ante la mentira oficial, choca sin embargo su cinismo, al asegurar que al fin y al cabo el verdadero enemigo del hombre es la humedad y que lo que importa en última instancia es el desayuno en la cama...

No es tampoco muy atractivo, literariamente hablando, el modo escueto de anunciar a los protagonistas de un diálogo que ocupa casi la mitad del libro. Aquel monótono y teatral: dice María Vicenza, dice Pietro Spina, por dinámico y americano que parece, concluye por fatigar.

Pero, empezando por el que justifica el título, hay trozos muy bellos en *La semilla bajo la nieve* y hasta salidas que no desmerecen los más felices de las anteriores novelas de Silone. Así, por ejemplo cuando Pietro Spina pregunta insistentemente:

“¿A quién va a dirigirse uno si los intelectuales a los que incumbiría la obligación de ilustrar a la opinión pública, son sumisos y obedientes empleadillos del Estado, convertido éste a su vez en una central de adulteradores?”

En efecto, el crimen, la delación, todo es permitido al que usufructúa el poder de acallar a los escritores so pretexto de unidad o disciplina. Estos, aun diciéndose socialistas o comunistas olvidan la enseñanza del maestro Engels que una vez dijo: “No hay partido en el mundo capaz de condenarme al silencio cuando estoy dispuesto a hablar”.

A esta luz *La semilla bajo la nieve* cobra especial importancia a nuestros ojos, pues fuera de una sátira plausible contra la retórica italiana constituye un retrato informe de nuestra época, enfocado desde un determinado rincón del mundo. Silone no ha perdido su tiempo en el destierro. Como él mismo dice humildemente, por lo menos, aprendió a amar la verdad y a servirla desinteresadamente allá donde cree que se ha refugiado sin disfraces ni máscaras.

Su primer discurso por la radio de Roma es una clara confirmación de cuánto ha escrito en Suiza y el mejor augurio de lo que tenemos derecho a esperar de su indudable talento en contacto con la tierra que le vio nacer.

Ignacio Silone

## ¡Sólo la verdad nos salvará!

(Discurso radial)

No alcanzan las palabras a expresar el sentimiento de dolor que me embargó cuando retorné a esta cara y desgraciada tierra, tras quince largos e interminables años de ostracismo. Las impresiones que recibí al pisar suelo italiano y seguir al norte, hacia Roma, fueron aterradoras. Me sobrecogió el desfile de cuadros inagotables de la más honda miseria, de abandono y de muerte, cuyo horror supera cuánto podíamos imaginarnos a distancia.

Llorar y lamentarse por tan monstruosa tragedia sería signo de flaqueza. La naturaleza humana sólo soporta los padecimientos hasta cierto límite. Rebasado éste, la naturaleza resiste; apretamos los dientes, cerramos los ojos y oídos. La naturaleza humana se recoge para luchar contra la demencia; busca en la hondura interior razones de esperanza. Invoca su alma y le pide palabras de consuelo; implora y ora, rehusa pensar...

Es necesario entonces que se imponga una energía suprema para vencer cuita, duelo y desesperanza. Debemos vencer la angustia de la demencia, debemos mirar de cara la realidad y tratar de comprender nuestra posición. Si resolvemos conservar la vida y queremos levantar a nuestro país; si queremos dominar un futuro preñado de peligros; si queremos dejar de ser objetos sin voluntad, para convertirnos en forjadores racionales y responsables de nuestro propio destino; en una palabra, si es nuestro propósito *hacer* historia y no *padecerla* más, entonces debemos concentrar en un poderoso impulso todas las fuerzas de nuestra conciencia. Sólo una tensión extraordinaria de las fuerzas espirituales, templadas y fundidas en el amor común de una misma causa, puede crear los fundamentos de un orden nuevo que reúna los dos factores decisivos de todo progreso: *el afán de justicia inconsciente del pueblo y las necesidades de bronce de la historia.*

En toda sociedad, bajo cualquier régimen, incluso en situaciones mejores que la actual, no podemos interpretar el mundo sino como un movimiento continuo, constante y convergente hacia una meta superior. Esto debemos saberlo y comprenderlo; ni el temor ni el desmayo deben oscurecer la claridad de esta certidumbre. Debemos impulsar este movimiento con lealtad, valor y ánimo fraternal, pese a las amenazas de los poderosos y al escarnio de los necios. En toda sociedad, bajo cualquier régimen, fueron, este sentimiento de responsabilidad personal y esta voluntad siempre vigilante de encontrar la verdad y defenderla, los que distinguían al espíritu amante del progreso, de los que sólo marchaban en comparsa.

Si no queremos traicionar a nuestros muertos, si queremos darle un sentido a nuestros sufrimientos y cumplir nuestra misión de constructores del futuro, debemos decir la verdad. Debemos servirla en toda ocasión, ya sea en la vida pública o privada, en nuestra literatura, en nuestra prensa, en la radio, donde sea y donde se pueda.

A falta de otros medios, debemos escribirla con tiza o carbón en las paredes. Cuando el servicio de la verdad lo exija, deberemos afrontar nuevamente los peligros de la cárcel, del campo de concentración o del exilio.

*El que ha hecho patria de la verdad, vive en una tierra de la que nadie podrá expulsarlo.* El pueblo de Italia necesita hoy verdad más que dólares o libras esterlinas. Sólo la verdad podrá recobrarlo. El pueblo de Italia necesita la verdad para levantar un edificio político y social duradero, y éste no puede fundarse en la intriga, el engaño del pueblo y la corrupción, sino en la verdad. ¡Que nuestra propia desgracia sea la escuela de la revolución!

## Recuerdos de Gutiérrez Solana

Un indiferente despacho cablegráfico, al anunciar la muerte de José Gutiérrez Solana, dijo de él, en dos líneas, que era "considerado por muchos críticos como el mejor pintor contemporáneo español". Lo fué, sin duda, pero sólo ahora podrá gozar de la gloria de que no disfrutara en vida.

En verdad, la fama poco parecía importarle. Cazurro y provinciano, Solana hacía pintura con desdén del reconocimiento oficial. Nada puso de su parte para que su obra hallase aceptación. Cuando una vez fué a exponer a París, llevó las telas enrolladas en el baúl (que llamaba cofre) junto a una provisión de quesos y chorizos de la Península con que suplir las deficiencias del hotel (que llamaba fonda). En el Salón clavó los cuadros con chinches en las paredes y se puso a esperar el público. Lo contó después en una comilona que le dieron los amigos españoles: "El primer día no fué nadie y al día siguiente fué uno, pero era negro..."

En su pintura Solana era igual que en sus relaciones sociales. No buscaba halagos ni los prodigaba. Hacía pintura religiosa con el mismo respeto por el tema que el que demostró sentir Goya por la familia de Carlos IV. Conservador y regionalista en su apego al coñac de Jerez, al vino de Valdepeñas, a los chorizos de Rioja y al queso manchego, pintó la España tradicional con una pasión de necrófilo. Todo lo regresivo, caduco e insepulto que a fuerza de garrote aún se llama español, lo registró Solana en su obra plástica. No eludía el tema —lo pintaba sin adornos. En sus cuadros no faltan militares, guardias civiles, sacerdotes ni imágenes sagradas. Pero carecen de gloria y se ven retratados en su aspecto más chabacano, grotesco o ruín. Veamos a los militares: en la Plaza Mayor, diciéndoles piropos a las chicas. Veamos a la Benemérita: junto al cadalso, sujetando a un español mientras un fraile le prepara a una vida

mejor que la que el rey supo darle. Veamos a Su Ilustrísima: su pomposo atavío no basta para disipar las tinieblas del hogar donde vegetan los beatos que honra con su visita. Y veamos a las torturadas imágenes: no parecen brindar consuelo a los párvulos con hidropesía craneana que a ellas acuden. Añadamos a todo esto interiores de burdeles, arrabales hediondos, barberías iluminadas a gas, capeas de pueblo —la aterradora España Negra, no de leyenda extranjera sino real y preferida de esos militares y prelados, y comprenderemos el valor esencial de la obra de Solana, su rebeldía de artista contra la cochambre, que pintores más ilustres prefieren ignorar. Y comprenderemos también por qué el ricachón santanderino que iba a comprarle a Solana un Cristo, desistió del propósito una vez asesorado por su confesor.

La Guerra Civil sorprendió a Solana en Madrid. A fines de 1936 fué evacuado a Valencia e instalado junto a otros artistas, escritores y sabios en la "Casa de la Cultura". El gobierno republicano hizo lo posible para salvar a los intelectuales españoles del peligro y sufragaba todos los gastos de su refugio levantino. Después del primer bombardeo del Museo del Prado, los cuadros de Solana fueron puestos en seguridad junto a las telas de Goya y Velázquez. El artista estaba agradecido al miliciano que dirigió el traslado y quiso mostrarle su adhesión y fervor por el régimen. En medio de un puente, sobre el Turia, le dijo con su habitual cachaza: "A uno le gustaría pintar cuadros de milicianos. Porque son valientes. Les he visto asaltar el cuartel cerca de mi casa y no tenían armas. Los otros, adentro, tenían ametralladoras. Y estos no tenían nada. Pero eran valientes". A los pocos días el entonces Director General de Bellas Artes le refería al mismo miliciano otras palabras de Solana sobre el mismo tema: "Uno pintaría cuadros de milicianos, pero si uno les pinta como les ha visto, a lo mejor le fusilan a uno..."

Hizo cosas peores. Sus cuadros, penosamente salvados por la República, los mandó a la primera oportunidad a la Exposición Bienal de Venecia, al país enemigo. La noticia de esa traición produjo, sin embargo, más risa que cólera, pues ¿quién po-

día tomar en serio a Solana como ente político? Y quedaba el consuelo de pensar que así se les brindaba a los italianos la ocasión de ver en colores naturales la esencia del Imperio que tantas fugas les estaba costando.

Después de la guerra Solana volvió a sus lares. Se esfumaron los chorizos, desapareció el queso manchego, pero quedaba la contemplación de un vastísimo csario, honra y prez de la Más Negra España. No conocemos su obra de los últimos años, pero barruntamos algún que otro cuadro con tufo a muerto, pintado al natural. Como cuando hizo en Valencia unas autolitografías con un representativo aspecto de la "defensa de la civilización cristiana": casas en ruinas, cadáveres desparramados, deudos abrumados de dolor. El litógrafo preguntó al maestro cómo debía iluminar el dibujo y Solana respondió con naturalidad: "A los vivos póngalos usted más encarnados y a los muertos más amarillos..."

Solana murió en Madrid, hoy capital fascista. Salió de una ciudad de valientes indefensos para volver a un burgo de usurpadores armados. Una vez fué despedido con banderas rojas, ahora el buitre del escudo imperial bate las alas sobre su tumba. La España Negra fué la inspiración de su pintura. Su muerte será inspiración para aquélla.

RODOLFO MONDOLFO

La visita que por iniciativa nuestra, calurosamente acogida por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, hace hoy al país el famoso filósofo italiano Rodolfo Mondolfo merece constancia especial en estas páginas que se honran con su oportuna colaboración.

Arrojado de su cátedra como tantos hijos ilustres de Italia por la dictadura de Mussolini, el antiguo profesor de la célebre Universidad de Bolonia encuentra refugio para proseguir su obra en la de Córdoba.

En pocos años rehace allí Rodolfo Mondolfo una gran parte de sus libros en castellano y varias editoriales argentinas— Losada, Imán, Claridad— los ofrecen a la curiosidad de los estudiosos y del público en general.

Debemos contar entre aquellos, en primer término, la Historia en dos tomos del *Pensamiento Antiguo* que acaba de alcanzar una segunda edición; luego los cuatro volúmenes titulados respectivamente: *Moralistas Griegos*, *En los orígenes de la filosofía de la cultura*, *Rousseau y la conciencia moderna*, y *La filosofía política de Italia en el siglo XIX*, además de *Feurbach y Marx*, y *El materialismo histórico en Federico Engels*.

Bajo los auspicios de la Universidad de Chile el profesor Mondolfo dictará una serie de conferencias sobre “El sujeto humano en la filosofía antigua” y “El materialismo histórico”, durante la segunda quincena de julio.

La presencia entre nosotros de tan alto representante del pensamiento italiano contemporáneo, que siempre se ha distinguido por su profundo análisis del marxismo —desde los Labriola hasta Piero Gobetti, pasando por Benedetto Croce— constituye sin duda un acontecimiento singularísimo para la cultura chilena.

E. E.

CAZADORES DE PLANTAS

Nunca hemos podido comprender por qué la mayoría de los libros sudamericanos en que se narran exploraciones o expediciones de carácter científico, disfrutan de una tan pesada seriedad. Los libros en que Darwin, Humboldt, Cook, Bouganville y otros narraron sus viajes, son libros de deliciosa lectura, en los cuales el placer va unido a la utilidad; nada se les escapa: ni el paisaje, ni el individuo, ni la anécdota. No podría decirse, sin embargo, que sean libros literarios; de ningún modo. Son libros sencillos y sin pretensiones.

Los libros de igual índole escritos por sabios sudamericanos, son, en cambio, atrozmente monótonos. No hay en ellos nada que no sea para los especialistas, y el geólogo, el botánico, el zoólogo o el hidrógrafo no dan en ellos importancia alguna al ambiente, al color o al tono que rodea al objeto de su pasión. Apuntan sus observaciones, indican los nombres sistemáticos, dan las medidas y algunas veces hasta hacen un croquis; pero no pasan de ahí. Temen como al diablo lo que ellos llaman literatura y gracias a ello sus libros nos resultan áridos como trozos de basalto.

Hay, sin embargo, una hermosa tradición en lo que respecta a libros de viajes por América del Sur y los mejores han sido escritos por sabios de lengua inglesa, viajeros o sabios. Este libro de T. Harper Goodspeed, editado por la Editorial Sudamericana de Buenos Aires, continúa esa hermosa tradición. Se lee con el placer con que puede leerse una obra de creación literaria, no porque el autor haya pretendido que así sea, sino tal vez porque el autor no lo pretendió. Mientras los individuos que formaron esta expedición buscan sus nicotianas en la costa, en las mesetas y en las selvas peruanas; en la cordillera, en las islas y en las selvas lluviosas del sur de Chile, apuntan todo lo que ven, cuentan las experiencias propias y las extrañas y nada que sea útil o interesante, nada que sea humano ni nada que sea hermoso u horrible, dramático o humorístico se les escapa. Gracias a esto, el lector no sólo se informa de todo lo que se relaciona con las nicotianas sino que llega el momento en que también él se interesa por ella y siente el deseo de salir a buscar alguna. ¡Cómo no interesarse por ellas si gracias a ellas va conociendo hombres, costumbres, paisajes, caracteres!

El libro de T. Harper Goodspeed y de sus colaboradores es un libro que, como los de otros muchos sabios, permanecerá. Su doble interés le asegura una doble existencia.

M. R.

REVISTA MUSICAL CHILENA

Bajo este título por fuera y sin limitación de idioma y país por dentro, el Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile inicia la publicación de un mensuario que viene a sumarse al espléndido florecimiento de pequeños magazines de arte y literatura entre nosotros. En su primer número la Revista Musical Chilena destaca en autógrafo una Salutación del maestro Manuel de Falla escrita y fechada en Alta Gracia (cerca de la ciudad argentina de Córdoba) el 31 de Marzo de 1945. Otros colaboradores son: Eugenio Pereyra Salas, Domingo Santa Cruz, Renato Almeida y Vicente Salas Viú.

Entre las palabras liminares de la dirección subrayamos las siguientes que resumen el propósito inicial de la misma en forma incuestionable:

“América sufre una evolución doblemente grave en sus destinos: por un lado nuestras relaciones y nuestra comunicación con el viejo mundo pasan por el mayor eclipse que conocemos desde que existimos como naciones independientes; por otra parte, la ausencia de Europa, el dolor de su cultura despedazada, nos han hecho reflexionar, nos han obligado a mirarnos a nosotros mismos y a nuestros hermanos y encontrar que en esta aproximación y en el mutuo conocimiento existe un imperativo del momento histórico. Los americanos nos hemos sentido con fisonomía propia, hemos visto que nuestros vecinos tenían mucho más de lo que pensábamos, nos hemos buscado y en ambos continentes se ha repartido una corriente de simpatía que no es obra artificial de propaganda, como algunos querían, sino tal vez uno de los resultados positivos que suelen acarrear las grandes amarguras humanas”.

Al saludar a la Revista Musical Chilena en su primer número, le deseamos una larga y fértil existencia y *last but not least*, celebramos que su excelente presentación gráfica se deba a nuestro compañero Mauricio Amster.

OTRAS REVISTAS RECIBIDAS

<i>Hojas Alemanas.</i> Santiago de Chile.	<i>Archivo José Martí.</i> La Habana, Cuba.
<i>Occidente.</i> Santiago de Chile.	<i>Revista de las Indias.</i> Bogotá, Colombia.
<i>Biblos.</i> Buenos Aires.	<i>La Revista Belga.</i> Nueva York.
<i>Antártica.</i> Santiago de Chile.	<i>Verano.</i> Santiago de Chile.
<i>Domani.</i> Buenos Aires.	<i>Judaica.</i> Buenos Aires.

INDICE ALFABETICO DEL VOLUMEN VI

(NUMEROS 25, 26 Y 27)

AMSTER, Mauricio / Recuerdos de Solana . . . . .	145
CAPDEVILLA, Arturo / La cuestión judía . . . . .	59
DIEZ, Lain / La Nueva Alemania . . . . .	41
DOS PASSOS, John / Carlo Tresca . . . . .	38
ESPIÑOZA, Enrique / Resistencia o sumisión? . . . . .	13
“Mester de Judería” . . . . .	90
Ignazio Silone y el amor a la verdad . . . . .	132
Rodolfo Mondolfo . . . . .	148
FARREL, James T. / El lenguaje de Hollywood . . . . .	3
FRANK, Waldo / El judío en nuestro tiempo . . . . .	109
GARCÍA MONGE, Joaquín / La cuestión judía . . . . .	60
GONZÁLEZ VERA, J. S. / Certificado de supervivencia . . . . .	17
El terremoto . . . . .	113
HIDALGO, Luque / Segunda crónica argentina . . . . .	122
MALAQUAIS, Jean / Marianka . . . . .	65
MARIÁTEGUI, José Carlos / El renacimiento judío . . . . .	86
MONDOLFO, Rodolfo / Sobre la pena de muerte . . . . .	97
MONTENEGRO, Ernesto / La cuestión judía . . . . .	57
PEDRONI, José / Nuevo Canto Gaucho . . . . .	35
REGLER, Gustav / Los niños del Ghetto . . . . .	82
ROJAS, Manuel / Antólogos y antologías . . . . .	15
Paz en Europa? . . . . .	106
Los cazadores de plantas . . . . .	149
SANIN CANO, B. / La cuestión judía . . . . .	55
SERGE, Víctor / La cuestión judía . . . . .	61
SILONE, Ignazio / ¡Sólo la verdad nos salvará! . . . . .	143
VALLE, Juvencio / Cantar de Cantares . . . . .	111
VICUÑA, Mario / Centenario del “Facundo” . . . . .	109
WILSON, Edmund / “Misión en Moscú” . . . . .	128

## NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

TAMARUGAL, por Eduardo Barrios. . . . .	\$ 25
VIENTO NEGRO, por Juan Marín. . . . .	25
SUB-TERRA, por Baldomero Lillo. . . . .	20
SUB-SOLE, por Baldomero Lillo. . . . .	20
RELATOS POPULARES, por Baldomero Lillo. . . . .	20
ZURZULITA, por Mariano Latorre. . . . .	20
ULLY, por Mariano Latorre. . . . .	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre. . . . .	15
TRAVESIA, por Manuel Rojas. . . . .	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza. . . . .	15
EL CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello. . . . .	20
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal. . . . .	20
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal. . . . .	20

PEDIDOS A LA

### LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125

Santiago de Chile

Los pedidos de provincia acompañados de su importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión

## EDICIONES "CULTURA"

### NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

#### MUERTE EN EL VALLE

por Bernardo Kordon

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Edición de lujo \$ 25.

VOL. II

#### LOS HOMBRES OSCUROS

por Nicomedes Guzmán

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

3.ª Edición de lujo \$ 25

VOL. III

#### HUIPAMPA, TIERRA DE SONAMBULOS

por Nicasio Tangol

Un auténtico novelista chilote en una interpretación emocionada y admirable de leyendas y costumbres de la insula del sur.

Bella edición \$ 40.—

## EDITORIAL "CULTURA"

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,  
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

### OBRAS EN VENTA:

Alonso, Amado, El artículo y el diminutivo... \$ 10.-	Lira, Pedro, El Código Civil y el nuevo de- recho..... 60.-
Amunátegui S., Domingo, Las letras Chilenas..... 25.-	Mardones, Francisco, Curso de Geometría Descriptiva 120.-
Anabalón, Carlos, Tratado Experimental de De- recho Procesal Civil Chileno... 200.-	Pinilla, Norberto, La generación chilena de 1842. 40.-
Castro, Américo, Conferencias dadas en la Uni- versidad..... 25.-	Pinilla, Norberto, Biografía crítica sobre Gabriela Mistral..... 10.-
Labarca, Amanda, Historia de la Enseñanza en Chile..... 50.-	Pinilla, Lagos y Rojas, Panorama literario de 1842.. 15.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

## BABEL

*Revista de Arte y Crítica*

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,

Lafn Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Director: Enrique Espinoza

Precio del número. . . . .	\$ 10 mlch.
Suscripción a 6 números. . . . .	\$ 50 mlch.

### FUERA DE CHILE:

Precio del número. . . . .	0,30 ujs.
Suscripción a 6 números. . . . .	1,50 ujs.

Toda la correspondencia de BABEL debe  
dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.  
Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Ediciones del

## FONDO DE CULTURA ECONOMICA

de México

ECONOMÍA Y SOCIEDAD.—Max Weber, 2 tomos: 170 pesos
PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA.—Ferdinand Tönnies, 45 pesos
LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA LATINA.— Samuel Flagg Bemis, 90 pesos
LAS CULTURAS NEGRAS EN EL NUEVO MUNDO.—Arthur Ramos, 55 pesos
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA —Adolfo Menzcl, 35 pesos
PAPEL SOCIAL DEL INTELLECTUAL.—Florján Znaniecki, 30 pesos
INTRODUCCIÓN A LA CRIMINOLOGÍA.—W. A. Bongor. 45 pesos
LOS FISIÓCRATAS.—Henry Higgs, 25 pesos
INTERVENCIÓN DEL ESTADO EN LA VIDA ECONÓMICA.—Henry Laufenbur- ger, 55 pesos
PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.—Jhon Stuart Mill, 175 pesos
SALARIOS.—Maurice Dobb, 27 pesos
CURSO ELEMENTAL DE ECONOMÍA.—H. M. Scott. 30 pesos
TEORÍA GENERAL DEL INTERÉS, LA OCUPACIÓN Y EL DINERO.—J. M. Keynes, 80 pesos
COMERCIO INTERNACIONAL.—P. T. Ellsworth. Dos Tomos: I.—Teoría y II.—Política, 75 pesos los dos tomos
BEHEMOTH (Pensamiento y acción en el Nacional Socialismo).—Franz Neu- mann, 90 pesos
SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN.—Fernando de Acevedo, 65 pesos
PRIMEROS ENSAYOS —Augusto Comte, 55 pesos
TUPAJ KATARI.—Augusto Guzmán, 35 pesos
DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA.—Mariano Picón Salas —(con grabados), 35 pesos
LETRAS MEXICANAS.—Julio Jiménez Rueda, 35 pesos
LETRAS COLOMBIANAS.—B. Saván Cano, 35 pesos
LETRAS DE AMÉRICA.—E. Díez Canedo, 55 pesos

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Depósito:

## LIBRERIA MEXICO

Bandera 445

Santiago de Chile

# BIBLIOTECA Z I G - Z A G

FIEL EXPRESIÓN DE LAS OBRAS  
MAESTRAS DE LA LITERATURA AN-  
TIGUA Y MODERNA. EL LIBRO DE  
BOLSILLO EN ELEGANTE EDICIÓN Y  
A PRECIO ECONÓMICO.

VOLUMEN CORRIENTE: \$ 8.—      - VOLUMEN DOBLE: \$ 15.—

*Títulos de reciente publicación:*

**ISABEL EMPERATRIZ DE AUSTRIA**, por Mauricio Paléologue. Bellos y desconocidos entretelones de la historia relatados por un sagaz observador del mundo político y palaciego.

**CUENTOS DEL LUNES**, por Alfonso Daudet. Ofrecen estos relatos un claro retrato de Francia en diversas épocas y especialmente en los turbulentos y doloridos días de la guerra franco-prusiana.

**LOS PERROS HAMBRIENTOS**, por Ciro Alegria. Personajes que emulan y superan a los de Jack London, en una trama campesina plena del colorido, costumbre y paisaje de nuestra América. (Volumen doble).

**PAGINAS ESCOGIDAS** de José María de Pereda. Quien quiera tener una visión completa y rápida del más castizo de los novelistas españoles, encontrará en esta selección satisfacción amplia a su deseo.

**LOS COLEGIALES**, por Nicolás Garin. Una de las obras más interesantes de la moderna literatura europea, en la que se examina la vida con ese raro y característico toque del escritor ruso.

**EL FANTASMA DE CANTERVILLE**, por Oscar Wilde. El espíritu norteamericano frente al inglés, en una de las más gratas novelas de Wilde, llevada recientemente con gran éxito al cine.

**HAMLET Y MACBETH**, por W. Shakespeare. «Todo cuanto significa la vida, se encuentra en Shakespeare», ha dicho el notable crítico inglés Edmond Gosse acerca del genial dramaturgo. (Volumen doble).

**VIAJE AL BRASIL**, por Augusto F. Biard. Una relación de aventuras insólitas en la época en que el europeo venía a América en busca de misterios y elementos extraños.

**POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS**, por Roque E. Scarpa. Una antología que encierra una sucinta y verdadera historia del gusto estético en materia poética en lo que va del siglo.

**LA FIESTA EN EL JARDIN**, por Katherine Mansfield. Una novela corta y siete cuentos comprende este volumen que muestra a la extraordinaria escritora inglesa en lo más selecto de su producción.

**PRIMAVERA MORTAL**, por Zilahy Lajos. La más perfecta y humana de las obras del gran novelista húngaro desarrollada a través de una moderna trama de oscura tragedia.

**LOS PICAROS SENTIMENTALES**, por O. Henry. El humorista yanqui, poco conocido entre nosotros, nos ofrece en este libro: una verdadera y originalísima «novela picaresca» norteamericana.

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos  
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

**EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.**

Casilla 84-D.

Santiago de Chile